

MANUEL M. MARZAL

CATALINA ROMERO

JOSÉ SÁNCHEZ

EDITORES

PARA ENTENDER LA RELIGIÓN EN EL PERÚ 2003

Capítulo 6



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2004

Primera edición: febrero de 2004

Para entender la religión en el Perú - 2003

Copyright 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164 - Lima - Perú

Teléfonos: 30-7410 / 330-7411. Telefax 330-7405.

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052004-4342

Derechos Reservados

ISBN: 9972-42-637-8

Impreso en Perú - Printed in Peru

«A Dios rogando y con el mazo dando».
Aproximaciones a la ética de algunos comerciantes devotos

Luis Mujica Bermúdez

*A Juana, migrante,
comerciante, devota y luchadora.*

Este artículo trata de presentar una descripción de la ética de un grupo de negociantes que son devotos de un mismo santo. Tiene la esperanza de servir como aporte a la reflexión sobre la moralidad o la eticidad de la sociedad peruana.¹ Aunque existen muchas maneras de entender la ética, para los fines de este trabajo puede ser definida como un sistema de normas morales de conducta que condiciona o posibilita una forma de comportamiento en una sociedad determinada.² Complementariamente, se puede decir que la ética o moral es la justificación teórica de prácticas de ordenamiento del comportamiento.³ De algún modo, la moral resulta ser, en ambas posturas, un conjunto de creencias o de ideas que genera determinadas actitudes y comportamientos hacia los otros. Dicho de otro modo, estas creencias son al mismo tiempo una fuente de referencia y una meta, cuya formulación es juzgada o justificada por los

¹ Cf. GIUSTI, Miguel. *Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999. Sobre todo el capítulo 8, «Moralidad y eticidad. Una vieja disputa filosófica».

² WAAL, Annemarie de. *Introducción a la antropología religiosa*. Navarra: Editorial Verbo Divino, 1975.

³ ARIZPE, Lourdes. *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*. México D.F.: Colegio de México, 1989, p. 34.

comportamientos. De ahí que se pueda decir que la ética es considerada también un conjunto de principios que obligan y orientan la actitud y el comportamiento. Los principios obligan, por un lado, porque tienen carácter prohibitivo o prescriptivo y coactan la conducta de la persona; y orientan, por otro, porque guían el comportamiento sobre la base de Dios, por ejemplo.⁴

La ética, por otra parte, es una reflexión sobre el comportamiento y, al mismo tiempo, es la que se preocupa por el deber-ser o la que pretende brindar pautas normativas para el comportamiento humano. Sin embargo, nuestra perspectiva solo pretende describir las formas éticas que rigen estos comportamientos. De hecho, la ética en la vida cotidiana no solo consta de un sistema de normas morales de conducta; estas normas, además, obligan y orientan la actitud y el comportamiento de cada persona. No obstante, parece que en el mundo popular se pone mayor énfasis en el carácter prescriptivo de la norma y no necesariamente en su aspecto prohibitivo, pues la conducta o el comportamiento, por lo general, se basan en los deberes para con Dios, con el prójimo y consigo mismo⁵ antes que en el reconocimiento de los propios derechos, aunque estos estén implícitos.

La ética personal está, por lo tanto, formada por un conjunto de normas y preceptos que son válidos dentro de un contexto determinado.⁶ En otras palabras, la vida cotidiana se mueve según criterios que

⁴ HÄRING, Bernhard. *Libertad y fidelidad en Cristo. Teología moral para sacerdotes y seglares*. Barcelona: Herder, 1980, t. I, p. 349.

⁵ Cf. ROYO MARÍN, Antonio, *Teología moral para seglares. Moral fundamental y especial*. Madrid: BAC, 1957, t. I. El plan general de la obra considera la moral fundamental, los tratados sobre el último fin, los actos humanos, la ley, la conciencia, la gracia, las virtudes y los pecados. La moral especial considera los deberes para con Dios (las virtudes teologales), los deberes para consigo mismo (las virtudes humanas de caridad, prudencia, fortaleza y templanza) y los deberes para con el prójimo (caridad, justicia). El catecismo de la Iglesia Católica, aprobado por Juan Pablo II en 1992, distingue las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) de las teologales (fe, esperanza y caridad). Véase: *Catecismo 1803-1829*.

⁶ Cf. HÄRING, Bernhard. *Op. cit.*, p. 345.

adoptan la forma de obligaciones. Por este motivo, está más presente la perspectiva teleológica que la deontológica, como lo dice sintéticamente, por ejemplo, la intención de «quedar bien ante el Señor y las personas con las que se tiene confianza». Esta tendencia significa que en el pensamiento de la gente existe una norma que debe ser respetada por todos los que comparten un contexto cultural. Ciertamente, para que esto suceda es necesario valerse de los medios considerados más adecuados. Dicho de otro modo, la ética del mundo social amplio está mucho más cercana a una ética de la responsabilidad —pues se valora cuidadosamente las acciones del plano individual que inciden en la práctica colectiva— que a una ética de la convicción, para citar los términos de Weber.⁷

Por lo tanto, la ética, además de tener dimensiones jurídicas y normativas, tiene dimensiones culturales, formadas por una serie de pautas que se expresan en determinadas formas de comportamiento. Estas permiten que los participantes se desenvuelvan en un clima de confianza y solidaridad, afectiva y efectiva, a la vez que forman un circuito social permanente y creciente. Si esta posibilidad se da, las maneras de relacionarse con otros implican creencias y concepciones que pueden tener un sentido trascendente o inmanente, o ambos a la vez, y suponen una serie de valores que permiten orientar la actividad humana y dotar a la acción de sentido y significado.

Una nota más. Si buena parte de esta reflexión ha de derivarse de la comprensión de la ética de un grupo de personas, la ética, según Estermann, no considera solamente la acción de los individuos sino de una colectividad —sin restringir la libertad individual— y de la manera de estar-dentro-del-mundo.⁸ En otras palabras, una ética del común de los mortales es aquella que busca la felicidad, la armonía individual dentro de una concepción colectiva. No es posible ser feliz si los otros no son felices. La dinámica de la ética, por ello, se desarrolla en diversos

⁷ WEBER, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

⁸ EASTERMANN, Josef. *Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*. Quito: Abya-Yala, 1988.

campos de la vida regidos por las relaciones de reciprocidad, es decir, en el campo del intercambio. Desde esta perspectiva, tanto la actividad económica como la religión están regidas por un conjunto de reglas de intercambio. La religión, por ello, puede ser concebida como la recíproca relación del hombre con Dios.⁹ Del mismo modo, la economía es también un espacio de intercambio.¹⁰ Si las relaciones recíprocas están orientadas por un conjunto de normas que orientan, a su vez, la vida de las personas, estas normas pueden ser observadas en el mundo de las actividades económicas y religiosas. De hecho, la esfera de la actividad económica no se puede desligar de la actividad religiosa del conjunto de personas que son devotas de un santo y comerciantes a la vez. Este artículo, por ello, tiene el propósito de explorar sobre la ética de un grupo de personas en relación con dos dimensiones de su vida: el mundo laboral y la actividad religiosa. Estas dos dimensiones tienen espacios y ritmos distintos, pero para fines de nuestra exposición se toman en cuenta las relaciones existentes con la finalidad de explorar el sentido del refrán: «A Dios rogando y con el mazo dando».

La primera parte del artículo dará cuenta brevemente de las actividades cotidianas de un grupo de comerciantes¹¹ que son fieles devotos del Señor de Cachuy.¹² En la segunda parte se intenta describir las

⁹ EVANS-PRITCHARD, Edwards. *Historia del pensamiento antropológico*. Madrid: Cátedra, 1980, p. 17.

¹⁰ GODELIER, Maurice. *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. México: Siglo XXI, 1985, cap. II.

¹¹ El INEI considera como sector informal el conjunto de empresas no constituidas en sociedad con 10 o menos trabajadores, incluido el dueño (*Proyecciones de la población del Perú*. Lima: INEI, 1995, p. 11). Dentro de esta actividad, el 52,7% está en el comercio. Por otro lado, el 90,3% del sector informal tiene uno o dos trabajadores; el 75% no tiene licencia (de los cuales el 71,5% dice no necesitarla); el 87,8% no lleva contabilidad; el 28,4% trabaja en su casa; el 53,4% dice haber iniciado su negocio por ahorro; el 57,4% lo hace por necesidad; el 69,5% tiene un negocio por cuenta propia; y el 45,9% de los encuestados dice que trabaja más de 48 horas a la semana.

¹² Lo que se expondrá se basa en el testimonio de seis mujeres y un varón, todos migrantes de primera generación, con experiencia en diversos campos del trabajo manual. Tres de las mujeres son divorciadas y convivientes. Las restantes cuatro

obligaciones que aparecen tanto en la esfera económica como en la esfera religiosa. La tercera parte presenta el significado de una forma de ética. Estos puntos están seguidos de algunas conclusiones a modo de reflexión.¹³

1. DE LAS ACTIVIDADES COTIDIANAS Y LAS RELIGIOSAS

En mayo de 1993, un grupo que tiene como actividad económica principal el comercio de pescados en el terminal pesquero de La Victoria (Lima) me invitó a realizar una peregrinación al santuario del Señor de la Ascensión de Cachuy, en Yauyos. El viaje tenía como finalidad cumplir una promesa y, al mismo tiempo, agradecer los «milagros» que habían recibido durante todo el año anterior. ¿Qué había ocurrido durante el año que merecía la pena volver y cumplir con las obligaciones que habían asumido? Cada año, a los devotos les urge regresar en peregrinación y tienen como norma hacerlo al menos tres veces consecutivas. De no hacerlo personalmente, el devoto puede delegar a un pariente o a una persona «muy especial», casi siempre cercana, la realización del sacrificio. De algún modo, había sido considerado el vicario portador del intercambio múltiple entre el devoto-comerciante y el dueño del santuario. Durante el camino tortuoso, los peregrinos fueron poco a poco expresando sus sentimientos de satisfacción (o de insatisfacción)

personas son casadas, todas con hijos mayores de 18 años de edad y casi todos casados. Tres se dedican a la comercialización de productos marinos; dos tienen una tienda o bodega; una tiene un pequeño quiosco en la puerta de su casa. Dos de las seis personas no tienen casa propia. El varón ha sido obrero de la rama de construcción, pero ahora se dedica a trabajos diversos eventuales y venta de golosinas. Los que comercializan productos marinos viven en San Luis, una zona conocida de comerciantes. Los demás están situados en una cooperativa de vivienda en Santa Anita (Ate).

¹³ Parte de este informe proviene de las conversaciones realizadas con ocasión de las fiestas del Señor de Cachuy y de siete entrevistas realizadas en Lima en mayo y junio de 1998. Érika Cuba, estudiante de la Pontificia Universidad Católica del Perú, estuvo presente en algunas de las entrevistas que realicé a los devotos y comerciantes.

por las acciones realizadas y de gratitud por la gracia (o desgracia) recibida. En todo caso, cada cual tenía una razón muy especial para explicar o justificar lo que estaba haciendo.

1.1. Las actividades cotidianas

¿En qué consiste la actividad cotidiana de nuestros peregrinos y qué reglas están presentes en las actividades, los hábitos y las actitudes personales? Para configurar la conducta de los devotos es imprescindible mostrar algunas de las facetas de su quehacer cotidiano, tanto lo que concierne a su espacio rutinario como a las actividades en torno a las festividades religiosas. En este campo, la gente suele ser más expresiva, porque en él aparece con mayor claridad, de manera ampulosa y con ribetes espectaculares, aquello que hace el estar-en-el-mundo. Vayamos por partes.

1.1.1. La vida cotidiana de los comerciantes de productos marinos

María y Marta son dos hermanas migrantes ayacuchanas que comercializan exclusivamente productos marinos en el terminal pesquero del distrito de Ventanilla (Lima). Matilde es la ahijada de María. Las tres viven en una casa en el distrito de La Victoria, cerca del antiguo terminal pesquero donde antes comerciaban. María es la propietaria de la casa, espaciosa y bien presentada, donde vive con su conviviente. Ella tiene dos hijos, uno de los cuales está dedicado a la exportación de productos marinos en el norte del país. El otro es policía y, además, comercializa pescado. En la misma casa, viven también los hijos de José, que son «de otro compromiso». Uno de ellos está casado con Matilde, la ahijada de María.

Marta es la hermana menor de María. Hace algunos años vivía en el tercer piso de la casa. Está separada desde hace mucho tiempo y tiene tres hijas, una de las cuales tiene una enfermedad congénita. La segunda estudia secundaria y la tercera tiene un reciente negocio en la misma línea de su madre y su tía María. Cuando las conocimos, Marta y sus

hijas habían logrado comprarse un lote cerca de Ventanilla (Callao) y levantar su casa «con esfuerzo propio». María se sentía orgullosa por este logro y decía que habían aprendido bien lo que les habían enseñado. Matilde, en cambio, es de Huacho y también comercializa pescado, pero en menor escala; su marido viaja permanentemente a los puertos para la compra de pescado. Solo se ven los fines de semana. En resumen, en la casa de María viven tres matrimonios con sus hijos, la hermana con sus tres hijas y una persona que hace de cocinero. Marta y sus hijas son independientes. De la cocina de María comen todos los demás, pero las cuentas del negocio son independientes totalmente.

La comercialización de los productos marinos comienza alrededor de las cuatro de la mañana y concluye cerca del mediodía. Muy de madrugada, un taxi va de casa en casa recogiendo a un grupo de comerciantes para llevarlos al muelle. Entre ellos van María, su hermana y su sobrina. Salen muy arropadas. Durante el camino, que dura una media hora, casi no conversan; por lo general, duermen. Una vez en el lugar bajan casi atropellándose y se dirigen a sus emplazamientos dirigiendo con voz de mando a sus colaboradores, que ya llegaron antes que ellas, para que se apresuren y estén dispuestos a competir en la compra y venta de los productos marinos. Los jóvenes ayudantes son, por lo general, familiares, y el pago que se les da es muy reducido. María no ignora que cada colaborador suyo hace «su propio negocio, sin que se dé cuenta la *ñorsa*», pues este «negocio» consiste en quedarse con parte de la venta o entrar en componendas con el comprador, que generalmente acepta la oferta.

La actividad económica propiamente dicha consiste en comprar, transportar y vender, al por mayor o menor, productos marinos del muelle al mercado. En cada transacción, como suelen decir, se gana un «punto» por kilo (es decir, un nuevo sol, cerca de treinta centavos de dólar). Pero el precio no depende solo de los vendedores sino, fundamentalmente, de dos factores que están permanentemente presentes: el volumen de la producción y la disponibilidad del transporte.

Muchas veces, el intercambio ágil supone una relación confiable entre los pescadores y los comerciantes que, por lo general, está «amarrada» por compromisos de compadrazgo o padrinzago, ya sea de bautismo o

de matrimonio. María, por ejemplo, se vanagloria de que en una zona de Huacho casi todos los pescadores sean sus compadres de bautismo o ahijados de matrimonio. Dice que tiene cerca de 20 ahijados de primera comunión, 25 de matrimonio, 40 de bautismo y 20 de confirmación, además de ser madrina de 19 techados de casas. Al parecer, esta relación, por un lado, hace creer a los compadres-pescadores que el futuro de los hijos está relativamente asegurado y, por otro lado, asigna a los compadres-comerciantes la prerrogativa de orientar y hasta de decidir lo que deben hacer sus ahijados. En algunos casos, las ahijadas han sido llevadas a su casa para un servicio doméstico temporal y para recibir educación. De esta manera, afirma, ayuda a sus compadres pobres que no tienen cómo dar de comer a sus hijas. En cierto sentido, este arreglo es considerado un compromiso y una obligación para el padrino o la madrina. Si no lo hicieran se vería muy mal. Una vez en su casa, la joven no recibe educación porque representa mucho gasto.

En los mejores tiempos, María ha tenido hasta once camiones-refrigeradora Volvo propios, para el transporte de los productos marinos. Ahora dice que ha perdido mucho y solo posee algunos, y que cuando hay mucha producción suele alquilar un carro para transportar los productos. Para el manejo de estos, suele contratar a choferes de confianza. Sin embargo, la confianza depositada en los choferes y en los mecánicos se protege o garantiza con la presencia de algún pariente que tiene la función de controlador, administrador o supervisor de las máquinas. La dueña suele tratar a los choferes con voz cortante y dominante, y muchas veces no escucha sus argumentos. «No les creo lo que me dicen, siempre me engañan», sostiene. A pesar de esta desconfianza, los choferes son siempre necesarios y «hay que aguantarles todo» porque son importantes para el transporte de la mercadería. Algunas veces, cuando la desconfianza ha sido muy grande, José los ha acompañado haciendo las veces de copiloto, hasta que un accidente muy grave lo puso al borde de la muerte.

Si ocurren accidentes, como ha pasado varias veces, o si llegan malas rachas, se atribuyen al castigo de Dios y a los «desgraciados» de los choferes y mecánicos, que no hacen bien su trabajo y que además cobran demasiado. El accidente de José fue leído como un gran castigo

del Señor por «las cojudeces que hacía». Nunca supimos qué quería decir con esto. María se queja a menudo de las reiteradas formas de *coimas* y de los engaños que sufren por parte de los choferes y los mecánicos. Esta queja termina casi siempre con una postura de tolerancia: «Pobres de ellos. Qué se les puede decir [...] ellos también tienen muchos hijos, pobrecitos [...]», dice. Es probable que la tolerancia sea un mecanismo del que se vale María para dejar pasar muchas acciones que no puede controlar. De este modo, puede al mismo tiempo no pedirle cuentas al chofer y estar bien consigo misma, porque así está «ayudando a los pobres que no tienen nada».

La venta de los productos es, por lo general, al contado, aunque alguna vez puede vender al crédito a algunas personas «bien conocidas» que considera que «pueden ser de ayuda más tarde» y porque pagan puntualmente. El producto que se vende al crédito se considera prácticamente perdido hasta que se recupere el pago. Tratan de no mezclar la amistad con el negocio, porque piensan que «puede irnos mal a los dos» (al vendedor y al comprador) y que pueden verse afectadas las relaciones de amistad.

La primera fase de la actividad termina después del mediodía. Una vez que han descansado lo necesario se dedican a sacar sus cuentas y a salir a hacer cobranzas y a realizar contactos con eventuales clientes. La visita a los deudores tiene un orden y tres itinerarios. En cada uno de ellos logran visitar a tres o cuatro clientes, con los que tardan aproximadamente una hora y media. María se demora más tiempo con el cliente que es considerado buen pagador. En cambio, con los *chamulleros* apenas si insiste y, si no tienen una respuesta, se va lo más pronto posible. Los *chamulleros* inventan una serie de justificaciones para no pagar a tiempo sus deudas. Las relaciones con los clientes son protegidas porque piensan que la confianza, que se cultiva en largas sesiones salpimentadas con «prestaciones totales», es un espacio de mucha carga emocional y de seguridad personal.

La transacción comercial no requiere de boleta o factura. «No se paga impuestos a la SUNAT, porque son productos altamente perecibles», aclara María con firmeza. Si uno quiere ganar bien, la principal estrategia consiste en atender bien al cliente y que el producto salga

rápido. De lo contrario, debe guardarlo inmediatamente en un ambiente refrigerado para el siguiente día; claro está que este hecho implica cierto riesgo. Si los productos marinos son escasos, «te sacas la lotería», porque se pueden vender a cualquier precio. Sin embargo, también puede ocurrir lo contrario y, entonces, no queda otra cosa que lamentarse o decir: «caballero nomás» y que será para la próxima. El comerciante sabe que lo que uno tiene ahora no está seguro, porque «mañana puedes quedarte calato», es decir, pobre. Por lo tanto, el capital que sirve para comprar los productos es defendido hasta el último centavo por encima de todo. Sin capital uno corre el peligro de «perder incluso su propia vida». Hay, entonces, entre los comerciantes cierto temor de quedarse sin dinero y, por lo tanto, sin instrumento de trabajo. Para que esta posibilidad no se concrete suelen depositar su dinero en el banco, a modo de bolsa de contingencia; el dinero guardado puede ser utilizado en momentos límite, causados por algún accidente o alguna enfermedad.

El dinero que poseen es utilizado para cubrir cuatro objetivos: el primero y el más importante es reforzar el capital; el segundo, igualmente importante y necesario, es dar mantenimiento a los carros que están en uso; el tercero, considerado muy importante, es proteger la salud y la alimentación; y el cuarto, que no tiene mucha importancia, es encargarse de la educación de los hijos y del mantenimiento de la vivienda. No suelen tener ningún tipo de seguro social que cubra la pérdida de sus instrumentos de trabajo o problemas de salud. En los momentos más bajos de su actividad, por enfermedad o por accidente, la falta de dinero ha sido cubierta con la venta de uno o más de los carros.

Después del recorrido, María dedica algunas horas a ver la televisión y alrededor de las ocho de la noche se retira a descansar. Para todo comerciante «esta actividad es muy sacrificada», tal como dice María, pues hay que trabajar los siete días de la semana y «sin descansar».¹⁴ El

¹⁴ Una de las dificultades reales para entrevistar a estas personas es su ritmo de vida. «Nunca se les encuentra en su casa —me decía una de ellas— porque la gente es bien ocupada. Y cuando vienen a su casa es para descansar y no quieren que se les fastidie».

descanso, en todo caso, se realiza sobre todo en los cumpleaños de las personas cercanas o a propósito de alguna actividad religiosa, que coincide, por lo general, con la fiesta de algún santo de su devoción o con la «devolución» del favor a un devoto de otro santo.

Para terminar esta parte, mencionamos los rasgos más importantes de las relaciones que se establecen en la familia. Todas las mujeres comerciantes de productos marinos que hemos entrevistado están separadas y una de ellas convive con su «compañero», al que cariñosamente llama «El Gordo». Para María «ha sido una suerte» haberlo encontrado en el camino cuando se enteró de que su ex marido, el padre de sus dos hijos, la engañaba con otra. Cree que la separación ha sido beneficiosa para ella y para sus hijos, y un castigo para su ex marido, que más tarde «se murió, pobrecito». Le tocó mala suerte; inclusive, la mujer con la que se juntó «ya se fue con otro». María, como Marta, no tiene ningún sentimiento de culpa por lo que les sucedió, aunque creen que fue una experiencia y no lo volverían hacer. Para ellas, los hombres son siempre malos y aprovechadores.

Los hijos de María y de José tienen también sus propios compromisos. Para María, uno de los hijos no le salió bien y ha tenido hijos con varias mujeres. Esta situación le atormenta, pero dice que «qué puede hacer», porque, al fin y al cabo, «es su problema». El otro, en cambio, hasta es policía y como no alcanza lo que le pagan, complementa su sueldo con el trabajo que realiza. María no habla de sus nietos o no los considera, pero atiende a todo aquel que se presenta. Para ella, las mujeres son las que tienen la culpa de haberse metido con sus hijos: «¿Por qué se meten con los hombres que tienen plata? La plata es una tentación».

1.1.2. La vida en las bodeguitas

Yolanda, Marcia y Marina tienen, cada una de ellas, un pequeño negocio en el distrito de Ate. La distancia entre tienda y tienda es de casi

De hecho, tuve que volver muchas veces para poder entrevistarlas y más de una vez se negaron a hacerlo porque tenían que responder a «urgencias».

cien metros. En la zona existen, además, otras y suficientemente aprovisionadas. Dos de ellas, durante el mes de mayo (cuando hacíamos el trabajo de campo), pidieron que el Señor de Cachuy las visitara y bendijera sus «negocitos» para que les fuera mejor. Yolanda es casada y tiene cuatro hijos. Dos son casados y viven con sus esposas en la casa de sus padres. Marcia también es casada y tiene hijos.¹⁵ Marina, en cambio, tiene un quiosco en la puerta de su casa y es la esposa de Miguel, que es encargado de centralizar la devoción del Señor de Cachuy en la zona. Tienen seis hijos, de los cuales cuatro están casados y viven independientemente en otros distritos de Lima. Los otros dos viven en la casa; una de ellas tiene una hija. Miguel, que es de Yauyos, ha sido obrero de construcción. Las tres mujeres han llegado a la zona hace más de veinte años y han construido sus casas poco a poco y con mucho esfuerzo.

El marido de Yolanda ha sido obrero, pero ahora se dedica sólo al negocio de su mujer. Las actividades en la tienda comienzan a las ocho de la mañana y, después de un pequeño receso, continúan de dos a tres de la tarde¹⁶ para terminar aproximadamente a las 11 de la noche. Las tiendas están permanentemente abiertas y protegidas con una reja negra, a excepción del quiosco de Marina. Marina y su marido, además, hacen papas rellenas para venderlas en las puertas de los colegios a la salida. La venta es al menudeo y muy fluida. Miguel está orgulloso de la salida de sus productos porque con eso se ayudan algo. La bodega de Yolanda es la más próspera, está mejor abastecida y tiene mayor variedad de productos. Para que haya prosperidad, los productos no se venden al fiado, a no ser que sea gente «muy conocida y que sabe pagar» puntualmente. Se ha podido observar que el trato que se da a los clientes en la tienda es diferenciado; a los menores de edad se

¹⁵ Marcia, después de iniciada una conversación y de darnos una cita para la semana siguiente, se negó a recibirnos enviándonos un emisario para decirnos que no estaba y que no regresaría hasta muy tarde. La información que incluimos sobre ella es parcial e incompleta.

¹⁶ Esta es la hora a la que fui citado para las entrevistas, pero con muy poco éxito, porque era la hora del almuerzo.

les trata con poca amabilidad y, en cambio, a los adultos hasta les dicen «caseritos».

En dos de los tres casos, al principio era principalmente la mujer la que se encargaba de las bodegas. De esta manera complementaba el salario del marido. Marina, por su parte, preparaba comida para ofrecer en la puerta de las fábricas cuando Miguel era obrero. En los tres casos lograron, con el tiempo, comprar un terreno «con los pocos ahorros» que tenían y levantar la casa en aproximadamente 10 años. Los hijos no siempre han ayudado en esta obra, considerada trascendental, por una simple y obvia razón: eran niños y «no entendían nada de lo que pasaba».

Con el tiempo, cuando creció el flujo de los clientes y se hizo más difícil llevar las cuentas de la tienda, los maridos empezaron a asumir el encargo en todos los casos. La mujer, en la práctica, solo se dedicaba a la venta y al trato con el cliente. La bodega de Yolanda, en los últimos años, incluso requirió de un «contador especializado» para su administración. La actividad en las tiendas está condicionada por la competencia de las que existan alrededor. Las mujeres piensan que si uno quiere «mantenerse bien en la zona» se debe surtir la tienda de diversos productos, dar mejor atención al cliente y complementar esta actividad con otras.

La vida cotidiana para este grupo de mujeres es «muy pareja», sin grandes sobresaltos. «No puedo quejarme», decía una de ellas, la tienda permite y garantiza un ingreso permanente y «aunque de a pocos, da tranquilidad para que los de la casa puedan vivir sin estar en apuros». Las tenderas casi no salen de sus casas, es decir, de sus tiendas; y las relaciones con sus maridos parecen ser bastante estables. Las señoras se sienten orgullosas de que sus hijos estén por buen camino y de que, cuando tienen tiempo, hasta les ayuden a vender. Los nietos son «una bendición en la casa», son los que alegran el hogar, aunque cada uno de los hijos debe cumplir con sus obligaciones para con ellos. Por lo general, en las casas hay una división sexual del trabajo, según la cual los varones ayudan «de vez en cuando» con las tareas de la casa, sobre todo cuando la mujer está muy ocupada con el negocio.

1.2. Las actividades y las interpretaciones religiosas

Aunque la vida cotidiana aparentemente carezca de acontecimientos sorprendentes, para los devotos está llena de señales de «la gracia de Dios» o de «castigos de Dios». En una palabra, cada hecho puede ser interpretado como una forma de la expresión divina que puede ser positiva o negativa. Por ejemplo, alguien decía: «Todo lo que tengo se lo debo al Señor, que es muy milagroso», pero con la misma sencillez, agregaba que si algo salía mal seguramente era porque no había hecho lo correcto o había incumplido con sus obligaciones para con el Señor. Estas expresiones me alertaron para aceptar la invitación que María me hizo de acompañar a un grupo que tenía la misión de llevar un encargo en la peregrinación al santuario del Señor de Cachuy. Tanto María como los que estaban por salir en peregrinación habían tenido alguna «experiencia» importante en sus vidas y la querían compartir con otros. Buscaban que el hecho trascendiera más allá de sus fronteras individuales.

Aquí mostramos tres momentos importantes de la actividad religiosa de los comerciantes. En primer lugar, su actividad como peregrinos del Señor de la Ascensión de Cachuy; en segundo lugar, su acción como participantes activos en la celebración anual de la fiesta en Santa Anita (Ate); y, en tercer lugar, la vida religiosa privada, en la que se puede ver gestos de relación con el Señor y la realización de diversos actos complementarios.

1.2.1. *El mito y la peregrinación*

El encuentro con el Señor de Cachuy se da a través de una peregrinación. El día de la partida hay una particular movilización en casa. Cada peregrino se provee de lo necesario para el camino. La partida se hace en un clima muy particular; se trata de una actividad religiosa. Tratemos de seguir el itinerario. Cachuy pertenece a Yauyos y está ubicado a más de 3500 msnm, al este de Cañete (Lima). Los devotos tienen que llegar hasta Canchán, un pequeño poblado al pie de las montañas, después de Lunahuaná. Por lo general, los devotos se valen de camiones, ómnibus o

carros particulares. Desde Canchán solo hay una manera de llegar al santuario: subir a pie o en «caballería». El camino a Cachuy es totalmente accidentado y la ascensión requiere por lo menos de ocho o doce horas, siempre y cuando se trate de un buen caminante. Solo algunos pueden usar las caballerías, porque su alquiler es muy alto.

Algunos llegan a Canchán y, después de dejar sus ofrendas delante de la réplica del Señor de Cachuy, inician el regreso a su hogar. La mayoría en cambio inicia el camino hacia el santuario, al encuentro con el dueño de los «milagros». En la base de la peregrinación está presente un principio elemental: «lo prometido debe ser cumplido» De lo contrario, uno corre el riesgo de ser castigado. Los que por alguna razón «de emergencia» no pueden cumplir con la promesa presentan las excusas del caso, aduciendo siempre algunos compromisos establecidos anteladamente y hacen nuevas promesas para el año siguiente, jurando que lo harán mejor. De este modo, se justifican y quedan con la conciencia tranquila por haber cumplido, al menos en parte, su responsabilidad y por haber adquirido un nuevo compromiso, aún más difícil, para el año venidero.

Todos los devotos tienen alguna versión del origen o de la tradición del Señor de Cachuy. Las narraciones que se pasan de boca en boca se pueden resumir en que un pastorcillo encontró un muñequito y se lo llevó a su casa para jugar con él. Aunque el muñequito se le perdía repetidas veces, siempre lo volvía a encontrar donde lo había hallado por primera vez. Allí se fundó, con el correr de los tiempos, la primera capilla y se levantó más tarde el templo en honor el Señor de la Ascensión, que era quien pedía que se le rindiera homenaje.¹⁷

¹⁷ Una versión escrita impresa en una hoja y que circula entre los participantes contiene el siguiente mensaje: «Según informaciones de los estudiosos e investigadores, se cuenta que la madrugada del 3 de mayo de 1649 (más de 100 años después de la llegada de los invasores a Yauyos) un pastor llamado Martín Barrios, natural de Huantán o Laraos, según versiones del investigador César Bellido, vicario foráneo, párroco de Yauyos, publicada en su obra *Yauyos y los jungas*, el Señor de la Ascensión se le apareció al pastor por primera vez en el lugar de Cachuy, jurisdicción del actual distrito de Tupe. Cachuy, que en quechua significa verde, actualmente es distrito

El peregrino sabe que el ascenso es costoso y hace los preparativos necesarios para soportar una dura jornada. Con este fin se provee de una indumentaria muy particular: una cubierta para la cabeza para protegerse del sol o del frío; una mochila; una frazada o bolsa de dormir; una linterna; un bastón; y, por supuesto, un regalo para el Señor. El ascenso puede hacerse de día, aunque muchos opinan que es mejor hacerlo de noche para evitar el insoportable calor. El regalo que llevan puede tener diversas dimensiones y características. Puede ser desde un paquete grande y visible hasta una pesada e invisible carga de conciencia. La subida *per se* es un ejercicio físico, además de ser un tiempo propicio para pensar en lo que uno ha vivido durante todo el año anterior. La subida en el día es fatigosa, bajo un abrasador sol serrano. Por la noche es más tranquila, a pesar de que hace frío. Al fin y al cabo, el camino es un ejercicio que

donde existe un manantial, y la humedad hace que los terrenos en determinadas épocas del año estén verdes. Un buen día, próximo a las festividades de san Lorenzo, patrón del pueblo de Putinza, se le extraviaron las vacas a Martín Barrios, quien salió a buscarlas, llegando así a unas pampas pedregosas, llenas de malezas y espinas, donde junto a los pedrones vio una figura humana que le pareció ser la de un niño, vestido con una túnica blanca. Sorprendido por tan extraordinario hallazgo y creyendo ver visiones, se acercó a él y tomándolo se lo llevó a su choza, que estaba en la Pampa de Chuco, a cinco kilómetros del actual distrito de Cachuy. Al llegar a su morada contó lo ocurrido a su esposa Elena y a sus familiares, luego le improvisó un altarcito donde lo colocó y se dispusieron a velarlo hasta la noche. Al día siguiente, Martín Barrios advirtió con sorpresa que la imagen había desaparecido misteriosamente; en la noche soñó que la volvió a ver en el mismo lugar donde la encontró. Al amanecer fue al lugar de su sueño y la encontró en el mismo lugar. Tomó la imagen y de nuevo se la llevó a casa, en donde le construyó una capilla para adorarla y cuidarla. Pero al poco tiempo la imagen volvió a desaparecer y por segunda vez fue a buscarla en el lugar que ya conocía. Esta circunstancia se repitió varias veces, dándole a entender a él y a sus familiares que la imagen debería permanecer en el lugar donde la halló. Fue así que en víspera de la fiesta de san Lorenzo, Martín Barrios se dirigió al pueblo de Putinza, llevando la imagen tan milagrosamente aparecida. En ese lugar, el párroco del pueblo la reconoció como el «Señor de la Ascensión», porque tenía los brazos levantados como el día de la ascensión de nuestro Señor Jesucristo al cielo, después de pasar 40 días en la tierra. El 17 de enero de 1943 se colocó la primera piedra para la construcción de un santuario por iniciativa del reverendo Bellido. Los fieles de todo el país construyeron una capilla, la misma que fue ampliada».

implica cierto desgaste físico; es un acto purificador y «descargador» de los pecados, como dicen los peregrinos.

El trayecto se convierte en una ocasión para confraternizar, para mostrar solidaridad y caridad con la gente que no puede subir. En muchos casos, unos llevan el equipaje de los que encuentran dificultad para hacerlo. Hay todo tipo de personas en ascenso, incluso lisiados y ancianos, mujeres gestantes y padres con niños a cuestas. El verdadero sentido de la peregrinación, sin embargo, consiste en subir con su propio esfuerzo y sin la ayuda de los otros; en ocasiones se ve que algún peregrino rechaza la ayuda que le ofrecen. Los descansos obligados permiten a los peregrinos dormir, comer, beber y conversar sobre la distancia y el tiempo que falta para llegar a la meta. Los que van por primera vez «lo ven como una eternidad». Los que ya han ido una o más veces dicen que ya tienen experiencia y se toman el tiempo y el ritmo necesarios para subir.

A mitad de la subida hay un descanso casi obligado en un lugar que se llama Canto Corral. Se trata de una explanada en la pendiente del cerro y es uno de los descansos obligados y más importantes a medio camino; cualquier lugar en el terreno es bueno para descansar cuando uno está cansado. De hecho, en la ruta uno va encontrando muchas personas durmiendo o descansando. Basta con estar cansado; cualquier lugar sirve para reclinar la cabeza. En la subida, las reglas del «buen comportamiento» quedan atrás. Lo que importa es tratar de prepararse bien para el encuentro con el Señor en su santuario. La ruta, que está llena de pequeños negociantes que ofrecen toda clase de viandas, se torna menos pesada a condición de pagar el precio de los productos, que son más caros mientras a mayor altura se vendan.

La llegada al santuario es un acontecimiento lleno de sentimientos particulares. El devoto peregrino adopta una compostura también especial, en la que el silencio y el recogimiento personal son las actitudes más importantes hasta después de su encuentro con el Señor. Se entra al templo por la izquierda de la puerta, formando una larga cola y esperando pacientemente a que le llegue el turno de subir por unas escaleras en la parte posterior del altar. En ese lugar, el devoto hace tres cosas.

Primero saluda con la señal de la cruz, soba con un poco de algodón algunas partes del santo y lo guarda cerca de su corazón. Luego agradece los beneficios recibidos y ofrece el regalo que le ha llevado en agradecimiento. Finalmente, promete regresar al año siguiente con un nuevo regalo y pide ser objeto de algún beneficio en relación con algo que tiene en mente. El peregrino se toma el tiempo necesario para cumplir con todo el proceso ritual de agradecimiento y de promesa.

Realizado lo anterior, se acerca al altar por la parte anterior, enciende una vela, hace una oración, se dirige a la derecha del templo en el atrio y allí deposita su donativo o el regalo, que consiste en comestibles, licores, juguetes, ropa, útiles de escritorio u otros objetos. Solo después de esta acción comienza a saludar a las otras personas, a buscar alimento y a tomar un descanso obligatorio. El peregrino busca un lugar libre en el campo o cualquier otro sitio para echarse y dormir. Los espacios preferidos son el templo mismo y un pequeño parque alrededor del santuario. Una vez tomado el descanso y realizado parte de los rituales complementarios necesarios, emprende el retorno, libre de toda carga y con una deuda: la promesa. En el mejor de los casos, lleva consigo un recuerdo que consiste en un regalo mayor. Este regalo se suele obtener en la rifa o subasta que los miembros de la hermandad realizan en el atrio del templo. Obtiene el regalo quien ofrece el mejor precio en una ardua competencia pública. La lucha por conseguir un determinado regalo está en relación directa con el significado que tiene para el devoto. De esta competencia participan sobre todo los que tienen suficiente dinero, pues en la subasta el regalo puede llegar a triplicar el precio real del producto. El regalo es llevado a casa y distribuido o cedido entre los parientes más cercanos para que sirva como un talismán de protección.

El retorno del peregrino a su lugar de origen constituye el inicio de un nuevo período de lucha en la vida cotidiana. Allí se dedicará a trabajar y también a su familia. Una promesa queda en el corazón y en la mente del devoto: regresar el año que viene, si se lo permite el Señor mismo. En el descenso comienza a germinar una sola idea: trabajar lo mejor posible para poder retornar agradecido el año que viene. «Mire, como yo le digo, ustedes nunca prometan porque es difícil. Porque al-

gunos dicen, Señor, yo te prometo que vendré tantos años seguidos y no vienen. Entonces [...] yo todos los años vengo y nunca le he prometido volver. Nunca le he dicho: "Señor, yo vengo el próximo año sea como sea", nunca. Yo digo: "Señor, si me permites, si estoy bien de salud, yo vengo».

1.2.2. *Las celebraciones en Lima*

Para los que no pueden regresar o no pueden ir al santuario de Cachuy, los devotos más solventes han empezado a pasar la fiesta en Lima. Existen varios lugares donde se le hace la misa y «su procesión». Una de las fiestas se hace en el distrito de La Victoria y la otra se realiza en el distrito de Ate. Existe además una hermandad en La Victoria que le ha comprado «su terreno al Señor». Este hecho ha sido motivo de una escisión interna, que hizo que uno de los bandos buscara otro lugar para hacer la fiesta. De este modo llegaron a Ate, a una de las urbanizaciones más populares del sector.

Cada uno de los devotos sabe que el ascenso al santuario es fatigoso y «muy sacrificado». Además, sabe que en el camino suelen dejar los males y los pecados para «llegar limpio» al santuario o ser limpiado en él. ¿Cómo hacer lo mismo sin tener que alejarse del lugar? Con este fin, el devoto ha construido un equivalente funcional a la peregrinación que consiste, en primer lugar, en enviar a un miembro de su familia como vicario y, en segundo lugar, en pasar la fiesta del santo en Lima. Las dos acciones implican una serie de gastos económicos. En el caso de la acción vicarial, el pariente suele llevar la ropa o un trozo de algodón con el que tiene que ser tocado el santo en el santuario y ser devuelto al devoto. Con este objeto se da por cumplida la parte del encuentro. En otros casos, el devoto requiere participar con alguna donación «que le duela» (en dinero) para la fiesta en el día del santo, que incluye una misa, la procesión y una juerga moderada.

Las celebraciones en el distrito de Ate se hacen en la calle, en la puerta de la casa de uno de los devotos, que es oriundo de Yauyos y que llegó a construir una hornacina en la entrada de su casa como recuerdo

y testimonio de su inquebrantable fe en el Señor de Cachuy. En estas celebraciones, no existen todos los procesos complejos de la mayordomía. La participación de los devotos es más simple y se hace a través de regalos que se prometen entregar al año siguiente. De este modo, en cada fiesta existe una comida principal ofrecida por una de las comerciantes de productos marinos. En la ocasión en que nos tocó asistir, María había logrado donar 300 platos de comida y un número no determinado de cajas de cerveza. Otras personas habían donado una banda de música para la procesión y la fiesta. El dueño de la casa había registrado meticulosamente en un cuaderno las promesas que los devotos se habían comprometido en público a entregar el año entrante «para que la fiesta sea mejor». Durante las promesas o los compromisos de donación, las personas se anotaban para ofrecer desde una vela hasta el almuerzo para el público o pagar horas de banda de música,¹⁸ regalar conos de flores, una capa para el santo, cohetes, globos y demás.

Quienes asisten a estas fiestas lo hacen porque creen profundamente en los milagros y en la posibilidad de acceder a los beneficios que provienen de Dios y de su trabajo. Que no regresen al santuario es secundario, porque lo más importante es mantener una relación recíproca con Dios. Han recibido beneficios a lo largo de los años y, aunque no tengan la posibilidad de la justificación, es un argumento válido en la medida en que cubre sus cargas con regalos mayores. Sin embargo, hay un tipo de personas que asisten a la fiesta y que solo han escuchado hablar del Señor porque han visto el «florecimiento» de sus vecinos o de otros conocidos «de una manera increíble». Por lo general, son los que los han invitado a participar de las celebraciones. El tercer tipo de participante está constituido por los hijos y los amigos de los devotos, que encuentran un espacio sumamente importante de socialización. Allí aprenden a relacionarse con Dios y a recibir sus beneficios. Durante las fiestas, los amigos y todos los devotos son bien atendidos, para que crean que la gracia de Dios es grande. Los devotos dicen al final que

¹⁸ Una vela puede costar entre cinco y diez soles; la hora de banda, 150 soles; y el almuerzo, alrededor de tres soles el plato.

todo lo que han recibido es por milagro. La vida religiosa de los devotos consiste, entonces, en la participación en los actos festivos anuales y en la actitud y el comportamiento personal frente al Señor. Hay una suerte de redistribución de las ganancias y los hijos participan en cierta medida de esta práctica, porque también se comprometen a donar el siguiente año.

De todas estas prácticas, es de particular importancia la alta dedicación a la atención del santo y a la distribución de las donaciones recibidas. Todos los donantes, en cierto sentido, se pavonean de su regalo y de que los otros disfruten bajo diversas formas. Los donantes pasan una y otra vez preguntando a los asistentes si les ha gustado o no lo que han comido o visto.

1.2.3. Prácticas religiosas complementarias

Una vez más regresamos al espacio íntimo de nuestros devotos. Se reconocen como católicos practicantes, pero no van a misa los domingos ni se confiesan desde hace mucho tiempo. Eventualmente, son padrinos de bautismo de alguna persona que lo pide. Además, son devotos de más de un santo y piensan que se trata del mismo Señor, con distintas advocaciones. Entre los santos más nombrados están el Señor de los Milagros, el Señor de Ayabaca y el Señor de Luren. En la mayoría de las casas hay alguna imagen de un santo adornada con un ramo de flores y acompañada por una lámpara encendida, que simboliza la presencia permanente de lo trascendente. Todas las mañanas, al despertarse, «conversan» con Dios y le piden que les ayude en el día, en su trabajo, en el estudio de sus hijos, «que no falte el pan en el día». Al anoecer tampoco se olvidan de agradecer¹⁹ por las gracias recibidas durante el día. Durante la «conversación» con el Señor se acuerdan de todos los

¹⁹ Durante la entrevista, casi todas hicieron la señal de cruz varias veces después de nombrar al Señor. Incluso ponían al Señor por testigo levantando el dedo en cruz al cielo para decir que no mentaban en su testimonio.

que no tienen pan ese día, sobre todo de los pobres, «esos pobrecitos» que tienen muchos hijos.

Las devotas comerciantes de productos marinos, además de ser muy creyentes en el Señor de Cachuy, suelen practicar diversos ritos chamánicos de «cura» o «limpia». Como negociantes, están sujetas al engaño y a la mentira. Si tienen alguna duda, no la dejan pasar. Para descubrir las causas de estos problemas acuden a menudo y, en diversos momentos, a especialistas esotéricos. De este modo, tratan de conocer quiénes están detrás de lo que les pasa y, también, el futuro; intentan premunirse de formas de protección contra posibles ataques o maldiciones de sus enemigos que puedan perjudicar su actividad económica y la paz de su familia. Los chamanes a los que acuden son de la Selva y «cobran bien» por hacer su trabajo. Creen que los chamanes les van a decir la verdad porque no son *bamba* (falsos). Se aseguran de que los chamanes sean de garantía y de confianza, basándose sobre todo en haber experimentado su eficacia. La palabra de los chamanes es respetada por nuestros devotos, pues creen que no fallan. Algunos se lamentan de no haberlos escuchado a tiempo.

Durante las sesiones, en lugares designados por los chamanes, los devotos suelen indagar sobre algunos aspectos de su vida personal y de sus relaciones con otras personas. Entre otros temas preguntan por qué sienten ciertos malestares en lo económico y en la vida familiar, sobre todo en lo referente a sus hijos. No dejan de preguntar por sus parientes más cercanos, aunque se encuentren muy lejos del lugar, porque están preocupados de que no les vaya bien. De esta manera, los devotos terminan por depositar su confianza total en las recomendaciones de los chamanes hasta que en alguna de esas ocasiones les fallan; entonces, deben buscar a otro más poderoso, que sea de la Selva o del norte.

Las mujeres que se dedican a los negocios de tiendas y bodegas, en cambio, tienen prácticas religiosas cercanas a la parroquia. Una de ellas ha descubierto el grupo Juan XXIII, en el que ha empezado a leer la Biblia junto con su esposo; ambos acuden semanalmente a las reuniones, a las que invitan a otros devotos del Señor. La razón de la invitación está en que han descubierto «algo nuevo». Si el acercamiento al Señor

de Cachuy ha sido casi siempre después de haber padecido hechos límite en sus vidas o en las de algún familiar, la búsqueda de una mejora de vida en diversas dimensiones hace de una persona un potencial devoto de alguien que pueda proporcionarle algo. De hecho, uno de los encuentros entre la persona que busca algo y el Señor se hace en términos de un contrato implícito. Por ejemplo: «Si tú curas a mi hijo, yo te prometo hacer tu misa, ir a tu santuario, darte algo para tu fiesta».

2. LAS OBLIGACIONES DE LOS COMERCIANTES DEVOTOS

¿Qué pautas están presentes en las actividades y en el comportamiento de los comerciantes y devotos? Tanto la actividad económica como la religiosa implican un imbricado mundo de relaciones muy complejas. En ambos casos, no solo intercambian cosas materiales sino, también, sentimientos, los mismos que, de alguna manera, reflejan lo que estamos denominando aquí como ética. En efecto, toda relación social que se sostiene como constante supone un conjunto de reglas que rigen las actitudes de los individuos dentro de su grupo, en el que se desenvuelven adoptando diversos roles. Así como el intercambio económico se realiza bajo ciertos criterios y obligaciones, del mismo modo en el viaje al santuario se pueden observar manifestaciones que hablan de la relación recíproca entre el devoto y la divinidad. En ambos casos, prevalece un conjunto de obligaciones que constituyen las reglas que orientan y mantienen las relaciones con los otros. Nuestro interés, sin embargo, no es propiamente el estudio de los intercambios sino de las pautas que hacen que las personas actúen de una manera o de otra para cumplir con sus obligaciones o deberes consigo mismos, con los otros y con su Señor.

2.1. El mundo laboral y sus reciprocidades

Los comportamientos en la actividad económica generan un conjunto de obligaciones que tienen como finalidad tratar de «vivir bien en esta vida» o al menos «pasarla de la mejor manera». Aquí no interesa subra-

yar tanto el intercambio que permite lucrar y acumular sino aquello que sostiene la actividad de los que intervienen en ella. Al parecer, lo que sostiene la vida del comerciante no es propiamente la economía sino el darle un valor a las cosas que hace en la vida para sentirse en paz consigo mismo, con la gente y con Dios. Si las relaciones con los hombres van bien, las relaciones con Dios deberían ser inmejorables, porque la vida armoniosa en la familia, por ejemplo, no sería sino una expresión de la bendición de Dios. Sin embargo, esta aparente y fácil relación entre economía y bienestar tiene como base el interés de las personas por el fortalecimiento del capital social, la protección del capital económico y la ampliación del espacio de socialización.

En primer lugar, cada una de las mujeres tiene la certeza de que la seguridad de su propia vida consiste en fortalecer lo que podemos llamar el capital social,²⁰ compuesto sobre todo por los miembros de la familia nuclear y, en segundo término, por la familia extensa. La valoración de la familia nuclear como capital social está en relación directa con la participación en alguna de las etapas de la cadena de actividades de intermediación económica. Cuanto más activos sean los miembros en la actividad económica, más son valorados y reconocidos, independientemente de las actitudes que tenga cada uno de los miembros en su vida privada. Esta valoración implica el desarrollo de un conjunto de reciprocidades que van desde la delegación de pequeñas tareas hasta el depósito de la confianza absoluta del control de sus bienes. Ahora bien, para que las relaciones se mantengan estables se requiere de cierta atención, aunque no de sumo cuidado. Los miembros de la familia son considerados elementos importantes en tanto que son parte activa del negocio. Cuando los hijos se alejan de la casa por alguna razón hay motivos suficientes para decir que en la práctica dejan de formar parte del capital social. Se trata casi siempre de «una pérdida» muy grande, sobre todo si era muy colaborador o muy trabajador.

²⁰ Cf. KLIKSBERG, Bernardo y Luciano TOMASSINI (comp.). *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: BID-Fundación Felipe Herrera-Universidad de Maryland-Fondo de Cultura Económica, 2000.

No todos los miembros de la familia son convocados a la actividad económica. Los que se integran, por un lado, se hacen merecedores de un cierto cuidado, a través de una buena alimentación y un adecuado descanso del cuerpo. En el caso de las comerciantes de pescado, le dan mayor importancia a la buena comida. En cambio, entre las tenderas este hecho no se considera lo más importante. Buena comida, por ejemplo, es elegir y comer con desmesura lo que solo «alimenta». La razón última es que «el cuerpo lo necesita», aunque también se dice que «no se debe hacer mucho caso al cuerpo porque también tiene sus caprichos». A esta concepción se suma una relativa preocupación por cierta formación; en el caso de las comerciantes de pescado, la educación no constituye una prioridad y no esperan que los hijos trabajen en algo totalmente diferente de lo que hacen. Es suficiente que tengan su propio dinero para que puedan desempeñarse solos. En cambio, en las tenderas la educación sí es un importante elemento que debe ser atendido, para que los hijos sean diferentes, tengan una buena profesión y puedan desenvolverse solos. En ocasiones, los padres liberarán de ciertas responsabilidades a los hijos para que puedan aprender otras cosas, no relacionadas con lo que los padres acostumbran a hacer.

¿A qué se debe que las mujeres traten de asumir el cuidado de la alimentación y la educación de los hijos? ¿Hay alguna reciprocidad implícita? De hecho, los hijos son cuidados para que «mañana, más tarde, no se olviden de nosotros». Los hijos son también fuente de un sentimiento de orgullo por el lugar o la posición que ocupan, incluso sin haber estudiado como otros.²¹ La formación del «capital social» supone entonces no un gasto sino una inversión, con el propósito de que, más tarde, los padres sean atendidos por sus hijos. ¿Se trata de un cálculo racional pragmático o de una previsión frente a la posibilidad de quedarse solos? Lo cierto es que ninguna de las entrevistadas quiere vivir sola. Su vida tiene lugar en el mundo de las reciprocidades e implica una colectividad, en la que el individuo sólo existe en tanto ser diferente y complementario en la unidad social. Hay cierto miedo de encontrarse

²¹ Solo dos de los entrevistados han terminado la secundaria.

solas y, por ello, buscan personas con las que puedan mantener una relación que les permita sentirse en confianza.

En segundo lugar, el «capital social» es un potencial que se debe fortalecer y que es difícil de mantener. Para que este capital esté bien constituido se requiere necesariamente del verdadero capital, es decir, del dinero. Este es considerado por los comerciantes el principal instrumento de trabajo. Difícilmente ven el dinero como fuente de riqueza, aunque no se puede descartar totalmente esta posibilidad. El valor que se le da es, como dicen reiteradas veces, que lo tienen gracias al esfuerzo y al sacrificio de cada uno de los miembros y, sobre todo, de la dueña. Más que el dinero mismo, lo que se valora es el duro trabajo y el probable ahorro personal que se pueda hacer. Un hijo trabajador vale más que toda la plata que se pueda conseguir. «La plata se va como el agua»; es poco duradera y deleznable. Lo que importa es la buena disposición que todos los miembros de la familia deberían tener para el trabajo. Sin duda, esta actitud hacia el trabajo es muy valorada. Muchas veces, una de las entrevistadas me mostraba a algunas mujeres en su misma línea de comercio y me decía: «Ves esa mujer [...] parece como si no tuviera nada, pero ella es dueña de muchos Volvos y lo que más vale son sus ganas de trabajar, su sacrificio, su empeño. Ahí tienes una que parece pobre, pero es suficientemente rica y se pasea sobre los otros».

En realidad, el capital real no es el dinero sino el trabajo, la energía que ponen en el logro de los fines que construyen paulatinamente. El trabajo y el esfuerzo que se pone para la realización de algo es lo valorado. Sin embargo, el dinero es considerado un instrumento sumamente importante para la realización personal y la vida familiar: «Sin él no se puede hacer nada». Una persona sin plata es considerada disminuida, sin energías y sin posibilidades de decidir. La pobreza es una señal clara de que las personas no tienen lo necesario para levantarse. En una palabra, el pobre «no tiene capital para trabajar, porque de tener voluntad, tiene». Dicho de otra manera, la ausencia o la escasez de dinero basta para convertir a alguien en débil e inútil, aunque este hecho no significa que no tenga capacidades y no tenga el potencial de desarrollarlas.

¿Es el medio el que determina la capacidad de la persona? ¿Por qué se le ve como disminuida si no tiene dinero?

El trabajo para los intermediarios es la fuente de la riqueza, pero la actividad misma debe ser sometida a una constante disciplina, que formará parte de su forma de vida. Al decir de Sombart,²² ya los escolásticos habían visto que la virtud económica propiamente dicha es la *liberalitas*, es decir, el apego a un orden en la economía doméstica (que implica el control de los ingresos), la prohibición del gasto excesivo o de cualquier gasto que esté por encima de las posibilidades reales, y el combate a la ociosidad. En otras palabras, la laboriosidad, la frugalidad y la honestidad son las pautas de comportamiento ético que saltan a la vista. Adams y Valdivia²³ subrayan también que la laboriosidad, la austeridad y la capacidad de planificación son notas características de la ética del empresario popular. Estos aspectos señalados merecen algunas notas adicionales. Laboriosidad, por ejemplo, es sinónimo de esmero, diligencia o destreza. La frugalidad y la austeridad suponen cierta moderación, sobriedad o templanza; la honestidad y la solidaridad irían en la dirección de la honradez, la justicia y la integridad. Sin embargo, si bien estas virtudes son evidentes en el plano del discurso, no necesariamente se cumplen en el plano del intercambio real entre vendedor y cliente. Existen muchos indicios en sus formas de relacionarse con los otros que nos hacen dudar de que la honestidad sea una de las virtudes en nuestros entrevistados.

Entonces, ¿es la falta de dinero lo que explica la pobreza de la gente? ¿Por qué aun cuando reconocen que tienen suficiente potencial no logran realizarse? En todos los casos que hemos entrevistado es claro que no hay un individuo que sobresalga solo o por sí mismo. Todo lo que se logra se debe a la colaboración o a la ayuda de los otros. De hecho, el individuo exitoso no existe si no hay un conjunto de personas que participan de ese éxito y que han sido el sostén, si no los que han realizado

²² SOMBART, Werner. *El burgués*. Madrid: Alianza Universitaria, 1983.

²³ ADAMS, Norma y Néstor VALDIVIA. *Los otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*. 2ª edición. Lima: IEP, 1994, p. 15

el trabajo. Por ello, el dinero por sí mismo no justifica el bienestar de las personas; es la solidaridad entre los miembros de la familia y la capacidad de ahorrar monumentalmente lo que forma la imagen de un capital materialmente disponible. Digo «ahorro monumental» porque, además de depositar alguna parte de sus ganancias en el banco, se hacen de bienes muebles e inmuebles para expresar visiblemente la riqueza que tienen. Una de las salas visitadas, por ejemplo, estaba adornada con una colección de libros empastados con cuerina y con filos dorados. Los bienes están allí «para cualquier emergencia». Si alguien cae en desgracia económica, tiene la posibilidad de vender sus bienes para mantenerse. Un bien constituye un elemento disponible en caso de emergencia.

Para los comerciantes, la pobreza y la riqueza son solo dos momentos pendulares en sus vidas. Los que comercian los productos perecibles viven al filo de la navaja: pueden ganar o perder todo en un día. Por esta razón, lo que importa en la vida no es el dinero en sí sino la tranquilidad de contar con algo para vivir. Sin embargo, el dinero es el instrumento principal de trabajo. Ya dijimos que la pobreza es solamente «ausencia de capital, porque voluntad hay». En otros términos, hay conciencia de que hay capacidad, pero en muchos casos no existen las condiciones para su desarrollo. Sin embargo, el celo por el dinero es grande. Se debe invertir constantemente y «no se debe prestar ni hacer reposar en el banco», a menos que sea para la salud. Vender al crédito equivale a perder, por ello, se suele decir: «Prefiero regalar el dinero antes que dar al fiado o prestar».

En tercer lugar, para que la vida del negociante esté en mejores condiciones se requiere de una red amplia de colaboradores que permita el intercambio de productos de la mejor y más rápida forma posible. La red social entre los comerciantes de productos marinos se establece sobre todo mediante el compadrazgo, el padrinazgo y el servicio de parientes u otras personas, en la medida en que les ocasionen el menor costo posible. En cambio, las redes sociales de las tenderas se reducen a la relación con la clientela, que son los vecinos del barrio, y con los distribuidores de productos al por mayor. En ambos casos, las redes

sociales son importantes porque garantizan continuidad en la adquisición de los productos y en su venta al por menor.

La confianza es un requisito de garantía para que todas las formas de intercambio se mantengan por mucho tiempo. Ella implica un conjunto de reciprocidades y, por supuesto, una serie de obligaciones muy simples y de importancia. La obligación central es atender, de la mejor manera, a la persona con la que se está haciendo el trato, pues, como suele decirse, «tienes que tratarlo bien para que regrese». El buen trato es un ritual practicado por todos y de diversas formas; en muchos casos, el sufijo «ito/ita» es indispensable. «Compadrito (comadrita)» y «caserito(ita)» son términos recurrentes en las conversaciones. Este tratamiento implica un grado suficiente de confianza y, ligado al nombre de la persona, constituye un reconocimiento de mayor jerarquía en esas relaciones. Por ejemplo, si los compadres se dirigen a los dueños diciéndoles «comadrita» o «comadre María», es indicio de que existe una buena relación.

Por este motivo, el hecho de que uno tenga conciencia de cierta fortaleza o de cierta debilidad dependerá de que lo acoja una red social y de la capacidad de crear interacciones recíprocas de diversos niveles con los clientes y con los proveedores. Una red social refuerza la imagen individual y obliga al mismo tiempo a mantenerla, no sin cierta dificultad. Se trata de aquello que es llamado prestigio o reconocimiento. Es lo que les obliga a cumplir con los pactos establecidos y con los tiempos de pago o a dar una atención privilegiada con «prestaciones totales», según sea el caso. En consecuencia, se cierne como amenaza la vergüenza y la pérdida del honor personal. Una red débil hace que las partes se mantengan marginadas y sean tachadas como individualistas o egoístas. La red social es sinónimo de cooperación mutua o solidaridad. No participar de una red social significa, en la práctica, aislarse del conjunto, «morir en vida». Las redes son para el comerciante un espacio de obligaciones de atención a las necesidades de la gente. Por ejemplo, una tienda surtida implica una mayor sensibilidad con las necesidades del entorno. Este hecho hace que, como intermediarios, estén transmitiendo un conjunto de normas y valores que forman parte de un comporta-

miento ético. Estos valores, desde el punto de vista social, forman parte de un *ethos* cultural que vincula los espacios más grandes con los microespacios familiares.

La actividad económica en nuestro caso hace que los bienes vayan en una sola dirección y sin retorno: de los productores a los consumidores. Sin embargo, este negocio no es posible sin la intermediación de los comerciantes. Ellos saben que las mercancías son percibibles y están libres de impuestos, y que no tienen que dar cuenta de sus ganancias a nadie. Saben además que esta actividad está encaminada al lucro, es decir, a tener una ganancia o un provecho inmediato por y con lo que hacen. Sin embargo, el éxito no depende solo de la cantidad de dinero que obtengan sino de las redes sociales que generen y de su capacidad de insertarse socialmente en otras redes. La mediación entre consumidores y productores los convierte en enlazadores necesarios, hecho que muchas veces les exime de responsabilidades para con la ley.

En una palabra, las obligaciones en el mundo social de los vendedores en general son, por un lado, cuidar el capital social mediante la alimentación y una relativa educación de los hijos; por otro, atender el capital, con la correspondiente valoración del trabajo sacrificado y del dinero, fundamentalmente como instrumento; y, finalmente, tejer determinadas redes sociales para sentirse menos aislados y excluidos, y, al mismo tiempo, buscar el reconocimiento en el medio donde se desarrollan.

2.2. Las reciprocidades en los espacios religiosos

Aunque la vida personal aparezca como heterónoma, al ser Dios el punto de referencia para la gente —porque dice: «El Señor es todo para mí»— existen márgenes importantes de cierta autonomía frente a lo religioso. Es probable que esta relativa autonomía se vea a través de sus maneras de establecer esta relación mediatizada o vicarialmente. Esta relación y las obligaciones que se desprenden de ella se pueden percibir en sus maneras de relacionarse con Dios, con el prójimo y consigo mismos.

En primer lugar, para todas las comerciantes el Señor se encuentra en todas partes, pero sobre todo está en lugares sagrados y bastante lejanos. Estos lugares, por convicción, no deben ser olvidados o dejados de lado. A menudo, las mujeres hacen memoria de su existencia y restablecen relaciones con ellos cada vez que sea necesario. Para asegurarse de la presencia del Señor logran obtener una «copia» de la imagen para tenerla en el hogar. De hecho, los comerciantes de nuestro estudio tienen una imagen del santo de su devoción en alguno de los muros de su casa. En algunas casas se encuentra detrás de la puerta y tiene la misión de proteger de los ladrones y de los accidentes; en otros casos, está en la tienda con la misma misión, además de ayudar en las actividades cotidianas y de cuidar el lugar de todo peligro.

Se cree firmemente que el Señor es el único en quien se puede confiar, porque «la gente es mala, envidiosa y rencorosa», y, por lo tanto, de poco fiar. Dios aparece como omnipresente y todopoderoso, y se hace presente en cualquier acontecimiento o evento. Las actividades de la vida cotidiana, por lo general, se hacen «en nombre del Señor», al que se recuerda haciendo un número determinado de señales de la cruz, según las dificultades que crean encontrar. Se puede «conversar con Él y pedirle todo lo que uno quiere y en todo momento». Este Dios sabe dar a quien le parece y también puede quitar, así como salvar o castigar a quienes lo merecen. De este modo, las obligaciones para con Dios se tornan mucho más exigentes según las manifestaciones de la vida cotidiana. Se trata de un Dios muy exigente, porque si uno no responde a sus exigencias le puede ir mal en el negocio, en la familia y consigo mismo. La confianza es, sin embargo, relativa, pues la experiencia de haber recibido algo en la vida hace que el comerciante active su devoción y difunda a otros lo que le ha pasado, para que puedan sentir lo mismo. Pero también se difunde con la misma insistencia el hecho de que el incumplimiento de las promesas genera, sin duda alguna, castigos que pueden manifestarse en cualquier momento y sobre cualquier miembro de la familia.

En segundo lugar, en el espacio religioso, la reciprocidad para con el prójimo es sumamente importante. Los prójimos son la familia —nu-

clear y extensa—, los compadres y los ahijados, los que trabajan para las comerciantes y «los demás». Hay una serie de obligaciones diferenciadas para con cada uno de estos prójimos. Aunque se ha mencionado algunos elementos para con los miembros de la familia, todavía se puede añadir un elemento más: para los comerciantes de productos marinos, los familiares lejanos siempre están presentes a pesar de la distancia geográfica y, de vez en cuando, les envían alguna encomienda o les hacen una llamada telefónica.

La preocupación por los compadres y los ahijados es muy relativa. El modo de atención para los comerciantes de productos marinos se realiza sobre todo en la transacción misma y en la atención que le pueden dar a las ahijadas, por ejemplo, llevándolas a su casa para que se ocupen de las labores domésticas. En el caso de las tenderas de barrio, los compadres y los ahijados son menores y no hay una atención particular. Para las tenderas, los principales prójimos son los clientes que van a sus puestos, quienes deben ser atendidos con la mayor atención posible y con el mayor afecto para que regresen.

Lo más importante en las relaciones con los prójimos es la tolerancia, que se expresa en diversas instancias. Se tolera, por ejemplo, que los hijos tengan mujeres «porque son hombres»; la culpa, finalmente, no es de los hijos sino de las mujeres que se meten con sus hijos por su plata. Se tolera que los hijos de sus hijos no sean atendidos por sus padres, porque es responsabilidad específica de las mujeres. Pero también se tolera que los choferes que trabajan para ellas las engañen permanentemente, porque tienen una familia a la que deben atender.

Cualquier problema que aparezca debe ser resuelto en esta vida. La otra vida no tiene mucha importancia en la percepción de los comerciantes de productos marinos. Las diferencias deben resolverse cuanto antes. El procedimiento es el olvido y el perdón. Olvidar es una práctica permanente porque «recordando no se saca nada». No quieren recordar porque tampoco quieren que otros les recuerden «sus cosas». Por este motivo, es mejor perdonar el mal que les hacen, porque esperan ser perdonados igualmente por las cosas malas que hacen. La tolerancia se torna perdón, y este se convierte en olvido. Este perdón no supone que

los odios, los rencores y las envidias desaparezcan. Antes bien, están muy presentes en las actitudes y en los comportamientos de los comerciantes, sobre todo con sus competidores más cercanos. Como dice Simmel, «[l]a sociedad necesita una relación cuantitativa de armonía y desarmonía, de asociación y competencia, de favor y desfavor, para llegar a una forma determinada».²⁴

Las relaciones con los demás, que son los desconocidos y los pobres en general, son de respeto, de conmiseración o de pena: de respeto, porque hay que establecer cierta distancia con los que no se tiene mayor relación pero que tienen mayor prestigio; de conmiseración, en tanto que se establece una relación de aprecio como de lástima con los que menos tienen; y de pena, en tanto que se establece una fuerte relación recíproca mediante la limosna. En estas relaciones, las personas que han alcanzado algún grado o prestigio son consideradas bendecidas por Dios. En cambio, los pobres son personas que no han sabido aprovechar lo que han tenido o que han gastado o despilfarrado lo poco que tenían.

En tercer lugar, en el plano personal se puede decir que son constantes y moderados en el gasto. Aunque no se puede generalizar, es importante mostrar la persistencia de nuestros entrevistados en luchar por conseguir lo que creen que deben tener para «sentirse bien». Es probable que la virtud de la fortaleza sea una de las características más propias de estas personas. Un relativo ascetismo acompaña la vida cotidiana, tanto en el modo de vestir como en el consumo de alimentos. Son bastante frugales en el gasto, pero también pueden gastar, en ocasiones particulares, para demostrar que tienen y que son poderosos. Por lo general, se presentan ante los demás como gente sin dinero, pero cuando tienen que quedar bien con su interlocutor son capaces de posturas agonísticas para mostrar su estatus y su poder.

En muchos casos, la pérdida de dinero en las transacciones no genera en los comerciantes la necesidad de entablar alguna demanda o querrela a quienes los han perjudicado. Prefieren «no amargarse la vida» con

²⁴ SIMMEL, Georg. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, tomo I, p. 267.

ellos y hasta evitan tocar el tema, porque «lo que pasó, pasó y punto». Depositán el problema «en las manos de Dios». El único que puede juzgar es Dios; como dicen, «yo no soy nadie para juzgar a otra persona»; no hay que olvidar que el juicio divino se hace en esta vida y, en algún momento, el malhechor será castigado por el Señor. Es en esta vida donde se disfruta la gloria o se padece el infierno. No hay que esperar hasta la otra vida. Los castigos se manifiestan en forma de accidente, de enfermedad o de muerte.

La búsqueda de la satisfacción personal consiste en sentirse orgullosos de que sus hijos puedan desenvolverse solos, de que tengan su «compromiso». No les interesa demasiado si están casados por la Iglesia o no. Lo más importante es que vivan con su pareja y que se encuentren bien. La satisfacción por el matrimonio es poco relevante. En efecto, tres de las entrevistadas son divorciadas, y las otras tres son casadas y viven con sus esposos. Una de las divorciadas ha preferido no volverse a casar, porque dice que no quiere volver a tener un dolor de cabeza. Se tolera la poligamia práctica y se prefiere no opinar sobre el matrimonio, no solo porque cuesta sino porque no garantiza las relaciones de pareja.

En síntesis, la norma del comportamiento del devoto es la certeza de que Dios es omnipresente y dueño de la vida y de la muerte. Es aquel que quita y que da. Es celoso y está atento. Este Dios es el que establece una serie de pautas que, a su vez, obligan al devoto a estar siempre atento y alerta. Se toleran las acciones y las actitudes de los otros, porque a uno le puede suceder lo mismo. Por esta razón, en la vida personal se es más bien frugal y se muestra actitudes de comprensión y de una relativa desidia o indolencia frente a los problemas.

2.3. La ética de la solidaridad

La expresión social de la ética se da en las relaciones de solidaridad de las personas. La solidaridad es un concepto de cohesión interpersonal e intergrupala, y, por supuesto, de cohesión con la divinidad. El sistema de relaciones es permanente. La cohesión se explicita en la generosidad, tanto en el mundo personal como en los ámbitos rituales. La generosi-

dad consiste en dar lo mejor que uno tiene a condición de recibir también lo mejor. Por lo tanto, la ética de la solidaridad tiene que ser simétrica, basada en las reglas de prometer y cumplir, y se manifiesta, sobre todo, en las relaciones familiares y en los espacios rituales.

En primer lugar, los comerciantes esperan de los miembros de su familia mucha dedicación y sacrificio, que ellos dan en la misma medida. Mientras los familiares vivan en la casa, tienen la obligación de participar de algunas de las responsabilidades. Paralelamente, hacen que participen de las actividades del negocio esperando que puedan aprender la organización, los procedimientos y también los trucos o argucias del negocio. Esta atención de los hijos por el trabajo constituye un acto de orgullo y «generosidad», es decir, de generosidad interesada, porque la educación de los hijos no se da gratuitamente, sino porque los padres necesitan sentirse seguros y en su vejez tener a alguien que les pueda atender. Sin embargo, no todos los hijos se quedan en la casa, puesto que van tomando sus compromisos y se alejan del hogar a vivir su propia vida.

En alguna ocasión se ha oído decir a uno de los padres: «Prométeme que no me vas a abandonar. Yo te he educado para que seas mejor que nosotros y también nos ayudes». Es probable que el miedo a la vejez empuje a formar y preparar mejor a los hijos para que asuman algunas responsabilidades cuando sea necesario. En otra ocasión, una de las madres le decía a uno de sus niños: «Yo te doy lo mejor que tengo y tú lo destrozas. Nada bueno se te puede dar». Se trataba de una reprimenda a un niño que había malogrado un juguete de plástico barato recién comprado. En ambos casos, subsiste la lógica del dar interesado y la búsqueda de una promesa, explícita o no, de que más tarde debe corresponder a lo dado por el padre o madre.

Del mismo modo, los hijos con quienes se pudo establecer alguna relación tienen la conciencia clara de que no deben abandonar a sus padres. Ellos, decía alguien, «se han «rajado» por nosotros y se merecen lo mejor». Los hijos de los comerciantes de productos marinos a menudo acompañan a sus madres en las tareas de cobranza, pero sin intervenir en las conversaciones con los clientes. Sopesan de manera perma-

nente las tareas que tienen que realizar en la jornada y establecen tiempos de dedicación y de ayuda en las tareas de la madre. En el caso de las tenderas que entrevistamos, en cambio, los hijos intervienen moderadamente en las tareas de los padres. Además de ser muy jóvenes, estudian o se capacitan, pero con el propósito de independizarse. De hecho, algunos de los hijos solo regresan los domingos a visitar a sus padres y les llevan «alguito para alegrarles». Este «alguito» constituye un gesto importante de devolución de lo que han recibido durante su formación: «No es mucho lo que le traigo, pero nace del corazón». Por otra parte, con los otros miembros de la familia que trabajan con los comerciantes existe una relación laboral informal. Se trata de que estén contentos; con este objeto, casi siempre se les da «propinas» y no «pagos».

En segundo lugar, la generosidad no solo se da en el ámbito de las relaciones cotidianas sino, también, en el ritual. La fiesta constituye un espacio y una oportunidad para el encuentro anual gratuito. La gente se organiza de tal modo que la imagen del santo, por ejemplo, circule durante el año por los hogares de los devotos. La visita de la imagen es una oportunidad trascendental para cada uno de ellos. En esa ocasión sienten la obligación de ser generosos con el Señor. Creen que lo que han recibido durante el año debe ser compartido con la comunidad; de ahí que la fiesta sea el momento oportuno para la circulación de lo que se ha ganado. Lo que se gana no se debe despilfarrar: «Al Señor le toca su parte y punto».

Sin embargo, la fiesta es también un espacio donde se demuestra que el comerciante ha logrado ahorrar. Claro está que ahorrar implica cierta disciplina y un comportamiento austero. El ahorro es el resultado de un manejo controlado por parte del comerciante. ¿Cómo explicar este hecho? Pongamos un punto metodológico de partida: la promesa. La promesa es el acto voluntario y público en el que se ofrece un bien para la fiesta del Señor. El acto, que consiste en registrar la promesa en el cuaderno de actas,²⁵ se realiza después de un diagnóstico o análisis

²⁵ Este año, 60 personas prometieron donar para el año siguiente, entre lo más importante, seis horas de banda, misa central, almuerzo y cerveza para los asistentes y otros.

previo, en el que se sopesa la salud, el trabajo y la familia como prioridades. La promesa puede ser «cualquier interacción y transacción formal o informal, institucionalizada o improvisada, sagrada o profana, ortodoxa o excéntrica, que existe solo debido a la promesa en sí misma». ²⁶ La promesa se convierte en pacto público entre el devoto y Dios, y entre el devoto y el grupo. En este compromiso se dibuja la posibilidad de la inclusión y el peligro de la exclusión, que depende del cumplimiento de la promesa. Este compromiso libre, personal y público conlleva una ética del cumplimiento. La promesa implica la renuncia, la ofrenda y el compromiso. La renuncia equivale a dejar de consumir algo, a abstenerse y a disciplinarse. La ofrenda implica la elección del elemento simbólico más importante. El compromiso es un pacto de responsabilidad con el Señor y con la comunidad.

La fiesta es un acto de reciprocidad, en el que la circulación de bienes y servicios es solo el medio que permite la relación social incluyente. Sin embargo, en la fiesta como hecho liminal interactúan los donantes, el Señor y el grupo. Se establece una doble relación. El donante ofrece un producto al Señor para la fiesta del próximo año como señal de suprema gratitud por lo que ha recibido en la vida. Lo que ha sido donado es consumido por el grupo y por el Señor (por ejemplo, las velas, los cohetes y la capa). De este modo, el donante tiene la seguridad de estar relacionándose con Dios. En un interesante estudio sobre reciprocidad religiosa, Albó y Preiswerk muestran cómo, en el mundo aimará, «cuanto más generoso es uno, mayor será la generosidad con que el Señor (del Gran Poder) le corresponderá». ²⁷ Por este motivo, muchas veces prefieren no medir ni calcular sus gastos. La fe es derroche en tiempo, dinero y entusiasmo, un derroche que se ofrece al Señor y

Para Saint-Jean, «la manda o promesa es un rito personal o colectivo, efectuado para sí mismo o para otro [...] donde el lapso entre el pedir o hacer la promesa y el pago o cumplimiento es flexible». SAINT-JEAN, Denise. «Promesa o manda: una interpretación antropológica». *Religiosidad Popular y Santuarios*, n.º 14, México, 1985, p. 41

²⁶ *Ibid.*, loc. cit.

²⁷ ALBÓ, Xavier y Matías PREISWERK: *Los señores del gran poder*. La Paz: Centro de Teología Popular, 1986.

beneficia al grupo y a la comunidad de manera festiva.²⁸ Para Razeto, «la donación es una relación económica de algún modo análoga al intercambio, en cuanto por su intermedio se verifica un flujo de recursos, bienes o servicios entre dos sujetos».²⁹ Sin embargo, las donaciones tienen motivaciones y finalidades, y pueden ser enteramente gratuitas e interesadas a la vez. De hecho, el don tiene dos rostros: el del consumo y el de la inversión. Los intermediarios son los que canalizan los recursos, como dice Razeto, «desde los donantes efectivos hasta los reales beneficiarios».³⁰

La fiesta es también el lugar del consumo ritual. Una de las principales preocupaciones de los devotos es que ningún asistente a la fiesta se quede sin comer. La comida significa dos cosas a la vez: distancia y unión, jerarquía e igualdad.³¹ Por una parte, ofrecer comida implica señalar la distancia social y geográfica que existe entre el donante y el grupo; el proceso de acercamiento conduce a la unidad, a la integración o a la inclusión. Por ello, comer es estar incluido en la sociedad. No hacerlo es estar excluido. Por otra parte, la comida señala también, según el proceso de distribución, la jerarquía existente en el grupo, pues algunas personas reciben antes o mejor servido que otras, pero al mismo tiempo el solo hecho de recibir comida de la misma fuente iguala las relaciones e incluye a cada uno en el grupo.

Otra de las preocupaciones de los donantes es que los pobres no se queden sin comer. Los comerciantes sienten que tienen una obligación permanente, que las personas necesitadas necesitan conmiseración. La atención por los pobres en general se expresa de diversas maneras. Pero definamos, primero, quiénes son considerados pobres: en primer lugar, los mendigos; luego los migrantes, hijos de parientes; y, finalmente, los

²⁸ *Ibid.*, p. 160.

²⁹ RAZETO, Luis. *Los caminos de la economía de la solidaridad*. Santiago de Chile: Vivarium, 1993, p. 36.

³⁰ *Ibid.*, p. 42.

³¹ YALMAR, Nur. «On the Meaning of Food offerings in Ceylan». *Social Compass*, vol. XX, n.º 2, 1973, pp. 287-302.

migrantes que no tienen empleo fijo. De ahí se deriva que la atención a los pobres sea diversificada y, en cierto sentido, especializada. Los mendigos están lejos de la atención de los comerciantes. En cambio, los migrantes hijos de parientes son los que deben ser atendidos en primer lugar. Con ese fin se les ofrece una plaza en el trabajo para que ayuden en la casa. A cambio, se les da propinas. Finalmente, a los migrantes que no tienen empleo fijo se les ayuda dándoles trabajos eventuales.

En una palabra, la ética de la solidaridad se expresa en todos los actos de la vida cotidiana, ya que es en ella donde las relaciones tienen muchas aristas. No obstante, la solidaridad también se expresa en los espacios rituales de manera agonística, en la medida en que las personas quieren mostrar lo que tienen y hacer explícito su sentido de relación regalando a otros de manera pública y expresiva.

3. UNA ÉTICA PRÁCTICA

Si por ética entendemos un sistema de normas que obligan y orientan el comportamiento, ¿qué sistema ético está presente entre nuestros entrevistados? En su caso, la dimensión religiosa domina la interpretación de las relaciones sociales. Se convierte en los anteojos de lectura de la vida en general. De algún modo, y por este motivo, la ética de los comerciantes devotos es heterónoma en la práctica, pragmática en los hábitos e inmanente en el carácter, en el que prima el sentido de las obligaciones antes que el de los deberes. Sin embargo, esta apreciación requiere ser matizada adecuadamente.

3.1. ¿Una ética heterónoma?

La ética de las personas está compuesta de muchas obligaciones que son, en cierto modo, las que dominan el comportamiento en general. El solo hecho de participar en una serie de instancias y organizaciones en diversas esferas de la vida hace que nuestros entrevistados sientan que tienen un conjunto de obligaciones para con Dios y para con los demás.

El sistema de obligaciones se establece en el marco de la reciprocidad, es decir, lo que se hace se hace por costumbre. Cada cual siente que tiene el deber moral de comportarse lo mejor que pueda frente a una suerte de fuerzas superiores que prevalecen en la vida cotidiana. Esta perspectiva supone una antropología, es decir, una concepción del ser humano, en la que las personas son consideradas seres débiles, atados a los imponderables de la sociedad y la naturaleza. La debilidad humana se concreta en la fragilidad de la salud, en la inestabilidad matrimonial y en la pobreza recurrente. Sin embargo, la gente también tiene fuerzas internas que pueden ser recuperadas y explotadas de alguna manera.

La enfermedad, la desconfianza hacia los otros y la escasez de elementos materiales son solo manifestaciones de la ausencia de milagros y de sacrificio personal. El ser humano, en tanto frágil, es por naturaleza dependiente; y, en tanto fuerte, es relacional. No es posible imaginar a un ser humano totalmente independiente o autónomo. Tampoco es posible aceptar a una persona totalmente inútil e inservible. El logro personal es a la vez individual y familiar o grupal, pero también depende de la gracia divina. No es posible concebir, por eso, un proceso social que necesita de la voluntad de las personas al margen de los resultados inesperados que escapan de su racionalidad.

En esa medida, la actividad personal tiene sentido dentro de una red mayor de personas o grupos que le puedan dar cierto sustento o seguridad a las tareas que uno realiza. Las redes sociales se amplían al ámbito divino. Cuanto más santos de devoción tengan, mayor es la posibilidad de un logro personal o familiar. Dios aparece con muchos rostros, y cada uno de estos representa una cierta especialización. Una de las informantes decía que el Señor principal es el de Cachuy, seguido del Señor Cautivo de Ayabaca, del Señor de Cuasimodo y del de Quinuapata. Las otras no escatiman esfuerzos para probar lo milagrosa que puede resultar la divinidad. Del mismo modo, las redes familiares o amicales deben crecer. Cuanto más conocidos tenga uno, más garantizada estará su seguridad. Por lo tanto, el relativo éxito que se puede apreciar en nuestros entrevistados descansa no solo en la acción sacrificada personal y colectiva sino, también, en los dones divinos recibidos.

Sin embargo, los mandatos, en último término, provienen del Señor. Es él quien ordena la vida de las personas. El Señor es el que somete a prueba a todos. Es capaz de «quitar las manos, la vista y los pies» a quienes incumplen con sus promesas. Este hecho convierte al devoto en alguien que constantemente piensa en cómo retribuir al Señor. Según los casos, para sentirse bien y tener la conciencia tranquila, mandan a hacer una misa, colaboran con las fiestas, donan plata para la música, sueltan palomas durante las celebraciones, ayudan a los pobres, etc. Godelier decía que «la religión es un acto cotidiano y al mismo tiempo una actividad que aparece en cada momento crítico del desarrollo del individuo y de la reproducción de la banda en su conjunto, como una unidad social orgánica». ³² En efecto, la vida de los comerciantes se desarrolla en una permanente inestabilidad económica, sobre todo en el caso de los que venden productos perecibles. Los tenderos tienen mayores ventajas, pero también están sujetos a la capacidad de compra de los clientes. La inestabilidad permite a los comerciantes abrazar tanto momentos de gloria como de total fracaso. «Así como se gana en un día, también se puede perder en un momento». Pero todo esto es interpretado como la decisión del Señor de dar o quitar lo que uno tiene. Los bienes no les pertenecen a las personas; son de Dios y es él quien decide a quién le da y a quién le quita.

3.2. ¿Pragmática en los hábitos?

La inestabilidad en la vida se manifiesta sobre todo en la fragilidad del cuerpo humano. Las enfermedades y los accidentes son considerados castigos divinos. De hecho, todos expresan haber sido presas de alguna enfermedad o problema. El conviviente de María tuvo un accidente en la carretera, luego fue asaltado y tuvo peritonitis. El hijo menor estuvo en coma hepático durante dos semanas. Marta atiende cotidianamente a una hija con un mal congénito. Los devotos de Ate viven bajo un

³² GODELIER, Maurice. *Op. cit.*, p. 349.

menor riesgo, pero Yolanda, Marcia y Marina también han padecido las enfermedades de algunos familiares. Para cada caso se busca una causa inmediata, que consiste sobre todo en el descuido personal. Sin embargo, la causa final es que uno no cree o se burla del Señor milagroso, o que no ha cumplido alguna promesa.

No existe una ideología que sustente el quehacer. Se vive lo cotidiano y se espera lo que debe pasar al día siguiente. No es posible concebir que «las cosas se hacen solitas»; se requiere necesariamente de la acción individual. El sacrificio individual es un patrón común en la ética de los negociantes devotos. No es posible concebir a un vago en la familia y, menos, ser perezoso. La riqueza se explica por el trabajo individual, de dedicación cotidiana, durante largas horas del día, en el que el descanso nocturno es solo un momento dentro de las actividades. El sacrificio es sinónimo de dedicación, de disciplina, de orden y de cierta frugalidad.

La dedicación significa el alto grado de compromiso y de consagración exclusiva que uno establece con su actividad. De hecho, la mayor actividad de los devotos es el comercio en sus diversos matices. Fuera de esta actividad no tienen otra que pueda demandarles mayor tiempo. La disciplina consiste en la metódica vida que deben llevar en la realización de sus tareas. Sus tareas no son delegables, no porque desconfíen de otras personas, sino porque piensan que forman parte de su modo de ser. El sacrificio implica también un orden en la vida. Este se concibe como una norma moral de autocontrol en la vida familiar y social. Los divorciados prefieren no volver a casarse y las casadas creen que su vida «está en orden y tranquila». Dicho de otro modo, el orden es relativo a cierta armonía que cada una de las entrevistadas expresa con seguridad. Finalmente, la frugalidad es una característica importante en la vida de cada una de las negociantes. Es inconcebible que las comerciantes sean consideradas de «manos abiertas»; más bien, la principal característica es la de tener el «puño cerrado». No les importa mucho que sean consideradas tacañas o «miserables» por no dar alguna propina. La frugalidad está también presente en el modo de vestir. No es posible distinguir en el mercado de los pescados a la dueña de un número muy grande de medios de transporte, por ejemplo.

No está de más mencionar que uno de los aspectos de la ética en la vida cotidiana consiste en ejercitarse permanentemente para «llegar hasta donde uno está». El ejercicio es un aprendizaje gradual y permanente. Además, todos los miembros de la familia, «para saber lo que es la vida, tienen que pasar por todo lo que uno ha pasado». El ejercicio se realiza en el trabajo, en la exigencia de la responsabilidad y en la práctica ritual. El trabajo es una fuente de riqueza y de seguridad personal: «Si uno tiene trabajo, no se muere de hambre», y para lograrlo uno sólo debe descansar en los días de fiesta del Señor. Ser responsable es también un duro ejercicio; supone la voluntad de ser consecuente.

El lugar donde ponen a prueba (simbólicamente) todas sus capacidades es en la peregrinación. Esta actividad por sí misma constituye un acto de sacrificio personal. Para los peregrinos es una verdadera purificación. El ejercicio físico de ascenso cerro arriba es también un ejercicio espiritual que tiene niveles de conversión personal. La peregrinación, a pesar de ser un fenómeno colectivo y masivo, es una experiencia religiosa estrictamente personal. La única mediación entre el peregrino y su Dios es un don, una petición, un agradecimiento o una promesa que lleva consigo. Si se trata de un don, es estrictamente personal y es depositado en las arcas de la cofradía. Si es una petición, por principio queda en el contrato interpersonal de los dialogantes. Las peticiones siempre tienen como objetivo la salud y la familia. Es el ámbito de las relaciones intersubjetivas, hecho que expresa siempre fragilidad. Todo esto conlleva una ética que, a nuestro modo de ver, tiende a individualizar al devoto, a que sea austero en su vida y a que tenga un mayor control sobre su vida personal.

Este hábito es lo que les hace actuar en la vida cotidiana con mucha regularidad. Hay una relativa racionalización del tiempo cíclico y un control del tiempo cotidiano. El hecho de levantarse y acostarse a una determinada hora marca el ritmo de la vida cotidiana del comerciante. El horario es, en cierto modo, rutinario y carece de eventos que alteren el desarrollo normal de la vida. En cierto modo, hay un control del tiempo e incluso se planifican las fiestas del año, que son las fiestas de los santos y los cumpleaños de los miembros más prominentes de la

familia y de personas importantes que forman parte de la red social y comercial.

Sin embargo, aquí es importante resumir algunas consideraciones en torno al manejo del tiempo y de la riqueza en la ética del comerciante devoto. El mundo de la economía constituye para el devoto el ámbito de la acción, la práctica y la búsqueda de la felicidad. La meta es la acumulación y el lucro, pero como medio para el crecimiento y el reconocimiento social; de ahí que el trabajo, el capital y la organización sean elementos importantes en el desarrollo como persona y como miembro de la sociedad. En un clima de desarraigo y de pocas posibilidades de participar colectivamente, el devoto construye un mundo a su medida, mediante redes sociales y de comercialización, tanto en el barrio como entre colegas. La norma que se desprende es que hay que ser alguien, pero con el propio esfuerzo: «Dios ayuda pero uno tiene que meter el hombro».

Como se ha señalado anteriormente, un aspecto importante del comportamiento es el control sobre el tiempo. Para el devoto, el tiempo es importante cuando se trata de llegar y abrir el negocio. En cierto sentido, no tiene necesidad de pensar en el futuro. Las tareas que se desprenden de las urgencias que deben afrontar hacen que siempre estén pensando en el presente. La realización es la actualidad. No se debe guardar pan para mayo. Por ejemplo, los comerciantes no tienen seguro social; los ahorros son «por si acaso». Sin embargo, cuando alguien está enfermo no avisa a nadie de sus malestares. En la práctica, cada uno se atiende a sí mismo, aunque en casos de gravedad se puede atender a los familiares. Al mismo tiempo, lo más importante para los devotos es el día de la fiesta del Señor. Este tiempo no debe ser olvidado; de hacerlo podría haber un grave riesgo. Se puede decir que el devoto se ubica en el tiempo cíclico anual más que en el tiempo lineal. Este hecho, en cierto sentido, hace que su ética responda a la dimensión inmanente, como veremos más adelante. En todo caso, el tiempo está sujeto a su ritmo personal; por ejemplo, se toma el tiempo necesario para estar con sus amistades y en el mundo del negocio, además de profundizar las relaciones de confianza. ¿Se trata de una ética en la que lo tradicional se encuentra con rasgos de la modernidad?

Los deberes que se derivan de esta manera de concebir el tiempo consisten en tratar de ahorrar para hacer crecer el capital y aprovechar al máximo lo que se gana. El ahorro es una obligación moral e instrumental: moral, porque de este modo «no molestas a nadie»; e instrumental en la medida en que es el único medio para trabajar. El ahorro, por tanto, es una obligación antes que un derecho. Uno tiene que trabajar sin descansar; hacerlo tiene sus ventajas frutivas. Después uno puede sentir la satisfacción de no depender de nadie. Cualquier trabajo es bueno mientras cubra las necesidades básicas.

3.2. ¿Una ética inmanente?

El carácter inmanente de la realización humana parece ser una de las características de la ética de las personas que son objeto de nuestro artículo. Cuidar, en primer lugar, la salud personal y «no darse al abandono» es una primera obligación esencial. La vida es una sola y hay que saber cuidarla.

El cuidado de la persona se lleva a cabo protegiéndose con imágenes y con rituales cotidianos, pero también buscando «limpia» y «protección» contra los males mediante sesiones con brujos o chamanes. Son estos los que de algún modo orientan el comportamiento cotidiano e indican los cuidados que deben tener en diversos aspectos. Los chamanes, además de cumplir funciones terapéuticas, también miran lo que puede ocurrir en el futuro inmediato. Se ha observado, además, que el sentido del cuidado personal de la salud pasa por el consumo de lo que se considera lo mejor, aunque habría que hacer una serie de observaciones sobre la composición de la dieta.

El cuidado personal conlleva una relativa atención o un sentido de responsabilidad para con los otros. La responsabilidad es sinónimo de cumplimiento de un conjunto de compromisos adquiridos previamente, tales como tener hijos y ahijados, hacerle promesas al Señor, tener clientes y otros. La atención a estos compromisos es responsabilidad del individuo. No atender estos compromisos adecuadamente e incumplir con la promesa puede acarrear peligros en la vida y atraer el riesgo de un

castigo que se puede dar en cualquier momento. Sin embargo, aunque este es el discurso que manejan los comerciantes entrevistados, en la práctica se observa que los hijos, por ejemplo, están relativamente poco atendidos y los ahijados fungen de servidumbre. En todo caso, la responsabilidad consiste sobre todo en pasar la mensualidad para la alimentación, darle una propina al ahijado o pagar la pensión del colegio de los hijos. Esta forma de responsabilidad hace que el cuidado de las personas se manifieste sobre todo en el plano económico. En las fiestas del Señor se dona comida y música, entre otros, con la expectativa de que todos los invitados puedan comer. Una preocupación constante es tratar de atender a las personas consideradas pobres: en primer lugar, porque los que ahora donan han sido pobres y saben lo que es el sufrimiento; y, en segundo lugar, porque los pobres son la prueba de Dios. Dando de comer a los pobres se da de comer a Dios mismo. Hay un mandato implícito en los devotos: ser caritativos con los pobres. Sin embargo, estos pobres son sobre todo las personas familiares migrantes que no tienen trabajo. Se les suele recibir en casa hasta que consigan un empleo.³³

Hay una segunda manera de entender la responsabilidad. Consiste en asumir las consecuencias de los propios actos. De hecho, muchos de los varones que viven en las casas de nuestros entrevistados han tenido hijos con varias mujeres. Este hecho es tolerado por las compañeras. La respuesta es simple si se pregunta por algunos niños: son hijos de otro compromiso. La fidelidad no es materia de cuestionamiento, al menos no de manera explícita. De suceder la infidelidad, el divorcio o la separación son las formas de resolver el problema. En cierto modo, no se debe emitir un juicio, porque el único que puede hacerlo es Dios. Además, si alguien ha hecho algo malo, tendrá que pagarlo en esta vida de algún modo. El divorcio y la separación, en cierto sentido, son vistos como resultado de la poca atención que uno brinda a la otra persona; y,

³³ Cf. MUÑOZ, Hortencia y Yolanda RODRÍGUEZ. *Microempresario: entre demandas de reconocimiento y dilemas de responsabilidad*. Lima: Instituto de Ética y Desarrollo de la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya, 1999.

por eso, el castigo se expresa sobre todo en la responsabilidad, considerada como carga, de, por ejemplo, atender a los hijos que se quedan en casa. En todo caso, la responsabilidad de las personas para con otros y para con Dios consiste sobre todo en poder cumplir con la promesa personal que uno se hace a sí mismo para no llevar el peso en la conciencia. La finalidad última es, por tanto, tener la conciencia tranquila. Es probable que por eso prefieran no deber a nadie y que, en todo caso, prefieran tener muchos deudores.

Respecto a esto se puede decir que las personas tienen conciencia y toman decisiones libremente. El recio carácter que dicen poseer es absoluta responsabilidad de sus propias elecciones. Estas elecciones tienen fuerza moral cuando se transforman en promesa o compromiso. La promesa es la decisión de, pasado cierto tiempo, cumplir con lo pensado interiormente. En cambio, el compromiso es la decisión de cumplir con lo prometido públicamente. Uno hace la promesa de volver donde el Señor el año siguiente en una oración personal e interior. Uno se compromete, en cambio, a dar una sarta de cohetes para su fiesta. El incumplimiento de estas dos decisiones tiene sanciones en esta vida. El incumplimiento de la promesa puede acarrear castigos y males, y el incumplimiento de los compromisos puede acarrear desprestigio y deshonra; será señal de que le va muy mal en los negocios o «se ha vuelto sobrado».

Para Guisán, la religión es un campo genuinamente moral. Por esta razón, «es innegable que religión y ética son en cierta medida co-extensivas, y que no existe, por definición, posibilidad alguna de una ética carente de base religiosa. Más aun, no existe la posibilidad de una ética que no sea asimismo una religión».³⁴ Esta afirmación se ve ilustrada, en cierto sentido, por lo que pasa con nuestros informantes. La actitud moral, asimismo, está profundamente ligada a la cuestión religiosa, aunque debo hacer notar que para Guisán la religión y la ética pueden llevar a confusiones. Por ello, formula la posibilidad de esbozar una ética sin religión, basada en la capacidad argumentativa de los indivi-

³⁴ GUISÁN, Esperanza. *Ética sin religión*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 17.

duos. ¿Es posible encontrar una ética con pretensiones autónomas y argumentativas en el mundo del catolicismo popular peruano? Este es un punto que merece seguir siendo explorado. En el estado de los estudios realizados hasta ahora, solo podemos hablar de conjeturas y aproximaciones.

El ámbito de la religión es el espacio de la palabra y de la promesa; es el ámbito de los valores y de su argumentación discursiva en la escena social. En la religión, la gente encuentra orientación y valoración a las cosas que hace cada día. Es, además, el espacio de los dones y de la redistribución, es decir, de las obligaciones y de la reciprocidad. Es también el ámbito de ciertas gratuidades, de la experiencia del milagro realizado en la felicidad personal. Es el clima de la confianza total en Dios (y, como correlato, los otros deben confiar en uno). Sin embargo, se debe señalar que todos los entrevistados acuden muy pocas veces al culto religioso dominical católico y tienen poca información sobre la doctrina de la Iglesia Católica. La práctica religiosa se realiza de forma cíclica y en contadas oportunidades. Las prácticas chamánicas a las que acuden sistemáticamente determinan su comportamiento personal.

En síntesis, la ética de los comerciantes devotos está regida, por un lado, por principios externos a su desarrollo personal, pero también descansa en su capacidad de desempeño individual y colectivo. Por otro lado, en la vida cotidiana prevalecen mucho más los elementos pragmáticos, en tanto que existe una racionalización de sus acciones, sobre todo respecto al tiempo. Y, finalmente, la realización que quieren lograr es en esta vida, es decir, aquí y ahora.

CONCLUSIÓN

¿Cuáles son las reglas que dirigen o guían el comportamiento de los devotos? Con el ánimo de retomar estas líneas me atrevo a señalar algunos rasgos de la posible ética que estructura el comportamiento del grupo de personas a las que hemos denominado «comerciantes devotos» de manera provisional.

La norma del comportamiento es Dios, considerado dueño de la vida y de la muerte, así como el que quita y da. Dios establece las pautas necesarias para obligar al individuo a estar atento y alerta. Es Dios quien tolera las acciones y actitudes; y, por esta razón, en la vida uno puede a su vez ser tolerante y comprensivo. Sin embargo, esta forma de vida presenta obligaciones en el mundo social a través del cuidado del capital social, que implica la alimentación y la educación de los hijos; y, al mismo tiempo, requiere de la valoración del trabajo sacrificado y del dinero como instrumento de trabajo. Este trabajo debe ser como el tejido social que les permite sentirse menos aislados y excluidos en el medio donde se desarrollan. Este hecho hace que la solidaridad sea un acto de la vida cotidiana ritualizado públicamente en las fiestas de los santos.

De hecho, en la práctica, la ética de estas personas tiene como referencia elementos externos a la misma organización social, sin dejar de pensar que muchos de ellos pueden estar en el individuo mismo. La divinidad, como la capacidad humana, es un espacio de referencia para la vida cotidiana; y, por ello, la religión es un espacio donde el conjunto de normas incide en la conducta y en la orientación de la gente. En otras palabras, la ética personal es heterónoma en tanto que no solamente las normas son atribuidas a la divinidad, sino que las personas siguen pensando que es Dios quien dirige sus vidas. Esta práctica heterónoma, sin embargo, se siente debilitada en la medida en que se descubre que la heteronomía puede ser desplazada por las posibilidades de realización a través del propio esfuerzo, aunque la valoración del ser humano sigue siendo negativa. El sacrificio personal o familiar es la expresión más importante de realización personal.

La ética del comerciante devoto está construida a partir de relaciones de reciprocidad, que se expresan en las diversas formas de relaciones obligatorias que se establecen con las personas y con Dios. Las obligaciones generan una serie de responsabilidades para con los miembros de la familia, para con aquellos con los que se relacionan en el intercambio comercial y para con Dios, en la medida en que son una justificación y una fuente de beneficios para su vida. El intercambio en la ética de los

comerciantes devotos es un factor de crecimiento económico y social, pero no necesariamente individual. Las responsabilidades que nacen para con las personas pobres o necesitadas se sustentan en la necesidad de favorecer a los semejantes o iguales en su condición económica o social. La solidaridad es, en este caso, una manera de retribuir, o distribuir, el bien que se ha recibido.

La ética es, en cierto sentido, una norma para vivir la actualidad. La realización humana se debe hacer en esta vida y no en otra; de ahí que el deber para con Dios se deba cumplir mediante las fiestas y la ayuda a las personas que necesitan. Esta se da sobre todo en el núcleo familiar, atendiendo los servicios básicos como la alimentación y la educación, aunque esta sea prescindible. La regla básica para salir adelante es trabajar, «aprender a tener su propia plata». Desde esta perspectiva, la ética del devoto es pragmática, tal como diría James: «El pragmatismo vuelve su espalda de una vez para siempre a una gran cantidad de hábitos muy estimados por los filósofos profesionales. Se aleja de abstracciones e insuficiencias, de soluciones verbales [...] de principios inmutables [...] se vuelve hacia lo concreto y adecuado, hacia los hechos, hacia la acción y el poder».³⁵

³⁵ JAMES, William. *Pragmatismo*. Buenos Aires: Aguilar, 1975, p. 56.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, Norma y Néstor VALDIVIA
Los otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima. Lima: IEP, 1994.
- ALBÓ, Xavier y Matías PREISWERK
Los señores del gran poder. La Paz: Centro de Teología Popular, 1986.
- AMAT Y LEÓN, Óscar
«Economía y religión: debate inconcluso». *Caminos*, n.º 52, 1995, pp.12-13.
- ARIZPE, Lourdes
Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana. México: Colegio de México-Miguel Ángel Porrúa, 1989.
- ASH, William
Marxismo y moral. México: Ediciones Era, 1964.
- BRECHAN, Pierre
«Les attitudes éthiques et politiques des protestans réformés en France». *Social Compass*, n. 40 (1), 1993, pp. 111-121.
- BUSTAMANTE, Alberto *et al.*
De marginales a empresarios. Lima: Desco, 1990.
- CHAMBERLAIN, Francisco (ed.)
Neoliberalismo y desarrollo humano. Desafíos del presente y del futuro. Lima: Instituto de Ética y Desarrollo Antonio Ruiz de Montoya, 1998.
- CORTINA, Adela
La ética de la empresa. Madrid: Trotta, 1996.
- DISSELKAMP, Annette
«Un autre étique protestante a propos d'Ernest Troeltsch». *Archives de sciences sociales des religions*, n.º 75, 1991, pp. 105-112.
- DOUGLAS, Mary y Baron ISHERWOOD
El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo. México D.F.: Grijalbo-CNCA, 1990.

- ESTERMANN, Josef
Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina. Quito: Abya-Yala, 1989.
- EVANS-PRITCHARD, Edwards
Historia del pensamiento antropológico. Madrid: Cátedra, 1980.
- FANFANI, Amintore
Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo. Madrid: Ediciones Rialp, 1958.
- GIUSTI, Miguel
Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.
- GODELIER, Maurice
Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas. México: Siglo XXI, 1985.
El enigma del don. Barcelona: Siglo XXI, 1998.
- GONZÁLEZ, José Luis
La religión popular en el Perú. Cusco: IPA, 1987.
- GUISÁN, Esperanza
Ética sin religión. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- GUTIÉRREZ, Gustavo
«¿Dónde dormirán los pobres?». En: *El rostro de Dios en la historia.* Lima: CEP, 1997.
- HÄRING, Bernhard
Libertad y fidelidad en Cristo. Teología moral para sacerdotes y seglares, tomo I. Barcelona: Herder, 1981.
- HARRISON, Lawrence
El subdesarrollo está en la mente. El caso latinoamericano. México D.F.: Limusa, 1989.
¿Quiénes prosperan? Los valores culturales en el éxito económico y político. Buenos Aires: REI, 1994.
- INEI
Proyecciones de la población del Perú. Lima: INEI, 1995.

JAMES, William

Pragmatismo. Buenos Aires: Aguilar, 1975.

JONGKIND, Fred

«Ética protestante y progreso económico, las colonias agrarias holandesas calvinistas en Argentina y Brasil». *Cristianismo y Sociedad*, n.º 99, 1989, pp. 83-100

KLIKSBERG, Bernardo y Luciano TOMASSINI (comp.)

Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo. Buenos Aires: BID-Fundación Felipe Herrera-Universidad de Maryland-Fondo de Cultura Económica, 2000.

LE GOFF, Jacques

La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media. Barcelona: Gedisa, 1986.

MARZAL, Manuel

La transformación religiosa peruana. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1988.

Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998.

MORANDE, Pedro

«Ethos cultural y religiosidad popular latinoamericana. La religiosidad popular como contracultura de la Ilustración». *Religiosidad popular y santuarios*, n.º 13, 1984, pp. 46-59.

«El sentido religioso de las promesas y mandas». *Religiosidad popular y santuarios*, n.º 14, 1985, pp.31-33.

MO SUNG, Jung

«Fundamentalismo económico». *Éxodo* n.º30, 1995, pp. 25-28.

MUÑOZ, Hortencia y Yolanda RODRÍGUEZ

Microempresario: entre demandas de reconocimiento y dilemas de responsabilidad. Lima: Instituto de Ética y Desarrollo de la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya, 1999.

OVEJERO, Félix

Mercado, ética y economía. Barcelona: Icaria-Fuhem, 1994.

RAZETO, Luis

Los caminos de la economía de la solidaridad. Santiago de Chile: Vivarium, 1993.

ROYO MARÍN, Antonio

Teología moral para seglares. Moral fundamental y especial, tomo I. Madrid: BAC, 1957.

SAINT-JEAN, Denise

«Promesa o manda: una interpretación antropológica». *Religiosidad popular y santuarios*, n.º 14, 1985, pp.34-47.

SIMMEL, Georg

Sociología. Estudios sobre las formas de socialización, tomo I. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

SOMBART, Werner

El burgués. Madrid: Alianza Universitaria, 1983.

SMITH, Waldemar

El sistema de fiestas y el cambio económico. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

SPIEKER, Manfred

«El principio de subsidiaridad. Presupuestos antropológicos y consecuencias económicas-éticas». *Tierra Nueva*, n.º 86, 1993, pp. 5-13.

TEMPO

Los nuevos limeños. Lima: Tafos-Tempo, 1993.

VIDAL, Marciano

Moral de actitudes, tomo III. Madrid: PS, 1980.

«Una ética económica fundamental». *Reflexión y liberación*, n.º 29, 1996, pp. 29-37.

VOYE, Liliane

«Religion et économie: apports et limites de l'analyse du religieux à partir de cadres théoriques empruntés à l'économie». *Social Compass*, n.º 39 (1), pp. 159-169.

WAAL, Annemarie de

Introducción a la antropología religiosa. Navarra: Editorial Verbo Divino, 1975.

WEBER, Max

Ensayos sobre la sociología de la religión. 2ª ed. Madrid: Taurus, 1987, tomo I.

El político y el científico. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Lima: Tiempos Nuevos, 1990.

YALMAN, Nur

«On the Meaning of Food offerings in Ceylan». *Social Compass*, vol. XX, n.º 2, 1973, pp. 287-302.